

libro al
viento

CUADROS DE LA VIDA PRIVADA

Josefa Acevedo de Gómez

DE ALGUNOS GRANADINOS,



copiados al natural para
instrucción y divertimento
de los curiosos



Libro al Viento

COLECCIÓN CAPITAL

Este ejemplar de Libro al Viento es un bien público.
Después de leerlo permita que circule entre los demás lectores.

ALCALDÍA MAYOR DE BOGOTÁ

Claudia Nayibe López Hernández

Alcaldesa Mayor de Bogotá

SECRETARÍA DE CULTURA, RECREACIÓN Y DEPORTE

Catalina Valencia Tobón

Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

INSTITUTO DISTRITAL DE LAS ARTES – IDARTES

Mauricio Galeano Vargas

Director General

Maira Salamanca Rocha

Subdirectora de las Artes

Hanna Paola Cuenca Hernández

Subdirectora de Equipamientos Culturales

Leyla Castillo Ballén

Subdirectora de Formación Artística

Liliana Morales Ortiz

Subdirectora Administrativa y Financiera

Carlos Alberto Ramírez Pérez

Gerente de Literatura

Ricardo Ruiz Roa, Andrea Mojica Molina,

María Camila Jaramillo Laverde, María

Eugenia Montes Zuluaga, Wilmar Molina

Vargas, Yalila Pérez Montoya, Ivonne

Alejandra Malaver Castiblanco, Lorena

Iglesias Meléndez y Vivian Julieth Melo

López.

Equipo del Área de Literatura

PRIMERA EDICIÓN

Bogotá, septiembre de 2023

Los derechos de los textos, las traducciones y las imágenes de este libro pertenecen a sus autores. Sin embargo, queda prohibida cualquier reproducción (parcial o total) de esta obra en su conjunto sin consentimiento de Idartes.

© Instituto Distrital de las Artes – Idartes

© Josefa Acevedo de Gómez, Autoría

Camila Cardeñosa, diseño de la colección *Bastarda Type* y Camila Cardeñosa, diseño de la tipografía *Obispo*

Paula Andrea Gutiérrez Roldán, diseño y diagramación

Fredy Ordóñez, edición

© Carlos Chahin, via Wikimedia Commons, por la imagen de la página 4.

© Peter Angritt, via Wikimedia Commons, por la imagen de la página 108.

ISBN: 978-628-7531-94-9

ISBN digital: 978-628-7531-95-6

Multipresos SAS, impresión

Impreso en Colombia

Octubre de 2023



GERENCIA DE LITERATURA IDARTES

Carrera 8 N° 15-46. Bogotá D. C.

Teléfono: (601) 379 57 50

www.idartes.gov.co

contactenos @idartes.gov.co

 @LibroAlViento  @LibroAlViento

CUADROS DE LA
VIDA PRIVADA
DE ALGUNOS
GRANADINOS,

copiados al natural para
instrucción y divertimento
de los curiosos

Plaza de Bolívar, Bogotá, 1850



7
POSTALES DE UNA BOGOTÁ DECIMONÓNICA
Presentación

13
INTRODUCCIÓN Y DEDICATORIA

19
VALERIO O EL CALAVERA

32
ANGELINA

58
EL POBRE BRAULIO

94
MIS RECUERDOS DE TIBACUY

105
NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

106
LA AUTORA

Libro al Viento es un programa de fomento a la lectura del
Instituto Distrital de las Artes - Idartes, entidad adscrita
a la Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

POSTALES DE UNA BOGOTÁ DECIMONÓNICA

Presentación

*Yo te bendigo sentimiento tierno
dulce piedad que el corazón dominas,
y al mortal ofendido
al blando perdonar amable inclinas.
Por ti sola ha obtenido
el agitado pecho dulce calma,
por ti tranquila el alma
olvidando el ultraje recibido,
disfruta la sabrosa complacencia
de imitar a su Dios en la clemencia.*

Josefa Acevedo de Gómez, “La generosidad”

MARÍA JOSEFA ACEVEDO DE GÓMEZ NACIÓ EN Santafé en enero de 1803, en las vísperas de la Independencia, en medio de un desbarajuste político y social descomunal: ya Antonio Nariño había traducido (en 1793) la *Declaración de los derechos del hombre y del ciudadano*, ya la Expedición Botánica dirigida por el sabio Mutis había multiplicado en sus láminas la inagotable exuberancia de estas tierras y ya se

estaban acabando de recoger los vientos revolucionarios que llegaban de Europa y del resto de América.

Nuestra autora no solamente hizo parte de esa época, sino que estuvo cerca de varios de los hechos fundacionales que dieron forma a la república de Colombia. Su padre, José Acevedo y Gómez, criollo muy ilustre, gozaba de un lugar de preeminencia en la sociedad capitalina, posición que empezaría a sufrir un menoscabo definitivo tras la abdicación de Fernando VII en España; esto, sumado a una inconformidad crítica que ya arrastraba y al cambio político que parecía inminente, lo impulsó en 1810 a soliviantar elocuentemente a la masas con la propuesta de que se designara una Junta Suprema de Gobierno: así se convirtió históricamente en el denominado “tribuno del pueblo”. Las convulsiones sociales, además de la llegada en 1816 de Pablo Morillo para la reconquista, obligó a José Acevedo y Gómez a huir para escapar de la muerte, abandonando su casa y a su familia. Ese mismo destino plagado de riesgos y persecuciones políticas tuvieron los hermanos de ella, herederos del mismo ardor patriota; el caso más dramático lo protagonizó su hermano menor, Juan Miguel Acevedo Tejada, que participó de la conspiración que intentaría acabar con la vida de Simón Bolívar en septiembre de 1828.

Pero la vida de nuestra autora, siempre ligada a las convulsiones y claroscuros políticos de su tiempo, y condenada a las amargas y menesteres domésticos como cualquier mujer de su siglo —se casó en 1822, a los 19 años, con Diego Fernando Gómez, un primo hermano de su padre, e inusitadamente (para las estrictas convenciones de la época) se separó de él en 1833—, tuvo en la literatura su refugio y su liberación. Algunas de sus obras son *Ensayo sobre los deberes de los casados*, *Tratado sobre economía doméstica*, *Poesías de una granadina*, *Biografía del Dr. Diego Fernando Gómez* (sí, una biografía de su esposo, autorizada por él mismo, y que escribió cuando ya se habían separado) y *Cuadros de la vida privada de algunos granadinos*, obra de la que extraemos este Libro al Viento 173 y que es muestra suficiente para demostrar su talento (de ella dijo José María Vergara y Vergara: “Para escribir no tenía sino talento: le faltaba educación literaria, tiempo y ocasiones”). De los ocho cuadros que conforman este libro, seleccionamos cuatro, que ofrecen un vistazo a la Santafé decimonónica. Son postales que traslucen su pensamiento liberal, pero también una virtud anómala en un escritor: la intención de revelar el halo bondadoso del corazón humano. Como ella misma cuenta en la introducción del libro, estos cuadros nacieron como antídoto a *El Alacrán*, una publicación

semanal cuyas fuentes eran la maledicencia y el chisme y que causó tal revuelo que al tercer número ya sus autores estaban en la cárcel (y duró siete números).

Nos quedan estos episodios bogotanos que, tanto de fondo como de forma, reflejan su rechazo al fanatismo, invitan a la caridad y, con lucidez narrativa y sin distinguos de credos políticos, invocan la generosidad, que no dejan de ser un eco de la generosidad que le brindó su hermano José Acevedo Tejada, a instancias de quien comenzó a escribirlos y a expensas de quien se publicaron estos cuadros, póstumamente, en 1861, con presentación de José María Vergara y Vergara.

Fredy Ordóñez

Editor de Libro al Viento

CUADROS DE LA VIDA PRIVADA

Josefa Acevedo de Gómez

DE ALGUNOS GRANADINOS,



copiados al natural para
instrucción y divertimento
de los curiosos

INTRODUCCIÓN Y DEDICATORIA

UNA HERMOSA TARDE DEL MES DE MARZO DEL año de 1849 me hallaba yo ocupada de mis quehaceres ordinarios cuando entró en mi casa un joven, que era entonces amigo mío, y me dijo:

—¿Ha leído usted el nuevo periódico?

—No, ni sé cuál será.

—Se llama *El Alacrán* y es muy gracioso y verídico.

—¿De qué trata?

—De todo; es una rápida revista sobre la vida privada de cuantos les ocurren a los redactores, y se tocan ciertos hechos ya en verso, ya en prosa, con ligereza y fuerza al mismo tiempo; deben estar resentidos más de cuatro. Aquí no se perdona a nadie. Juzgue usted.

Entonces el joven relató varios trozos que había aprendido de memoria y que me parecieron de una atroz maledicencia,

y concluyó ofreciéndome que al día siguiente llevaría a casa el papel. Yo lo rehusé asegurándole que no me gustaban producciones de esa clase. Poco después, entró mi hermano José, se habló, como era natural, de la nueva publicación, y mi hermano la improbó con calor y buenas razones; pero el joven sostuvo que era un papel bueno, divertido y útil.

—¿Qué freno contiene a los pícaros —dijo— sino el de la crítica? En nuestro país no hay leyes represivas del crimen, o si las hay, faltan jueces íntegros que las apliquen, y esto asegura la impunidad de los que tienen plata. Deje usted que los dos paisanos azoten sin piedad a todos los hipócritas, los ladrones, los perversos que encierra nuestra sociedad y usted verá cómo hace más bien *El Alacrán* que las leyes, la policía, las cárceles y los presidios.

—Yo no opino como usted —replicó mi hermano—, detesto esos papeles que denigran y descubren las faltas de los hombres, y formo mal concepto de sus autores.

—¡Vea usted lo que es la inconsecuencia humana! —exclamó el joven—. Los hombres timoratos y moralistas como usted van a cargar de maldiciones a los autores de *El Alacrán* y nada dicen del doctorcito en cuya tienda se desacredita y se calumnia sin misericordia, ni de los corrillos de la calle real donde se practica lo mismo y a los cuales no dudo que se mezcle usted algunas veces, ni de los estrados de las

señoras desde donde frecuentemente se difunden la difamación y el deshonor de las familias.

—Usted se engaña —contestó mi hermano—, ningún hombre de bien aprueba la maledicencia y, antes por el contrario, la condena donde quiera que la halla. Pero una conversación, por perjudicial que sea, es por su naturaleza más pasajera y son pocos los que la oyen; al paso que este papel circula, dura, es leído por centenares de individuos y es a todas luces una producción execrable. Arrojar así el guante a la sociedad entera constituyéndose en difamadores públicos, escudriñar el secreto de la vida privada para divulgarlo por medio de la imprenta dentro y fuera de la República, inventar escandalosas calumnias para cubrir de vergüenza la modesta frente de una virgen pura, suponer descaradamente el crimen en las más santas relaciones sociales, dejar adivinar por medio de pérfidas indicaciones unos delitos y un desenfreno que solo pueden abrigarse en corazones totalmente corrompidos, amenazar con el deshonor, el ridículo y la vergüenza a amigos y enemigos, reírse de la moral a la faz de todo el público y gloriarse de ese vil oficio de trompetas del descrédito de sus conciudadanos, esto es lo que me parece el colmo de la impudencia, de la desvergüenza y la perversidad.

—Pero bien —replicó el joven—, todo el mundo aplaude, y debemos confesar entonces que todo el mundo es

igualmente impudente, desvergonzado y perverso. Usted mismo que ahora imprueba, dentro de un rato se ríe de los malignos tiros de *El Alacrán*, confiesa que tal rasgo está bien escrito y, es justo, extraña que estos graciosos atrevidos hayan pasado por alto tal o cual cosa que merecía figurar en el periódico; y así resulta que todos contribuimos a la redacción, la circulación y la aceptación del papel, haciendo ostentación al mismo tiempo de cierta especie de *hipocresía obligada*, que es la que nos hace decir: ¡detestable papel!, cuando en nuestro corazón estamos aplaudiendo muchos de sus tiros. Pero, no obstante, nos quejamos cuando nos hiere personalmente o cuando toca a las personas que amamos. Si no, dígame usted, ¿no ha comprado ya, o leído u oído leer con gusto *El Alacrán*? ¿No pregunta usted con curiosidad a quiénes ataca y qué dice de esta o de aquella persona? A lo menos esto es lo que yo veo practicar a todos los censores del nuevo periódico.

—No, señor —replicó mi hermano con seriedad—, ni compro ni leo ese papel, cuya publicación me avergüenza por mi país, ni pregunto de quiénes ni de qué trata, porque procuro no hacer jamás lo que me parece mal que otros hagan. Si se practica comúnmente lo que usted me dice, tanto peor para la sociedad, mas yo no ayudaré por mi parte a la desmoralización de mis conciudadanos. Al oírlo a

usted confieso que es grande el triunfo que han logrado los redactores de *El Alacrán*, pero ellos han logrado también cambiar sus nombres de familia que eran honrosos por un triste y odioso apellido.

La conversación se prolongó, tomando yo muy poca parte en ella, y al fin los dos interlocutores se separaron en buena armonía, pero sin ponerse de acuerdo sobre el punto que discutían.

Pocos días después volvió mi hermano a casa, y recordando aquella conversación, lamentamos juntos la inclinación general que se nota en todos a la maledicencia, admirando que estuviese tan en boga ese emponzoñado periódico y que lo aplaudiesen hombres de juicio y moralidad y señoras de respeto. Yo dije a mi hermano: ¿Me creerás que he tenido el proyecto de escribir en sentido opuesto, y publicar yo lo bueno que sé de las gentes, ya que estos dos cartageneros se empeñan en publicar lo malo?

Entonces le expliqué mi plan, que él aprobó, haciéndome algunas indicaciones útiles y refiriéndome o recordándome algunos hechos que podían prestar material a mi obra, y luego añadió:

—Sí, escribe *la contra* de *El Alacrán*.

—Me detiene una cosa —contesté—, y es que si escribo en este sentido casi nadie me leerá, porque aquel joven

tiene razón en decir que es casi universal la cooperación del público, ya de un modo, ya de otro, a la maledicencia; y perdería los costos de la impresión de mi obra, lo cual, como soy pobre, no es poco para mí. Si no fuera por esto, yo creería fácil formar una interesante y verídica relación de hechos honrosos y nobles que hicieran conocer que nuestra sociedad no está exclusivamente plagada de víboras y “Alacranes”.

Mi hermano se sonrió entonces con su bondad acostumbrada, y dándome una palmadita en el hombro, me dijo:

—Pues bien: escribe, escribe, mi buena Josefina, y si no se vende tu obra, yo te compro toda la edición.

Después me preguntó varias veces en qué estado estaba mi trabajo, y cuando murió, me dejó cien pesos para imprimir mi libro.

¡Memoria respetable y querida del más virtuoso de los hombres! Yo te dedico estos cuadros que tú querías que se publicaran hace tanto tiempo. Si el público desprecia mi obra, tu aprobación anticipada me basta, y si merezco ver aceptado este trabajo, a ti lo deberá la sociedad, porque ha sido escrito bajo las inspiraciones de tu sensible y honrado corazón.

VALERIO O EL CALAVERA

|

¡Cuán diversos son los juicios de los hombres sobre los mismos objetos! Lo que a unos les parece ridículo o pueril otros lo juzgan tierno e interesante. Admiran unos un acto de valor, donde otros no descubren sino la desesperación de un cobarde. Este califica de desvergüenza e imprudencia lo que aquel mira como un noble ejemplo de franqueza; y lo que un hombre elogia por sublime otro lo condena por bárbaro y atroz. Yo he visto reír a un sujeto a tiempo que otros lloraban durante la representación de una tragedia tierna y sentimental. He oído ensalzar hasta las nubes en una tertulia a cierto caballero que refería heroicos hechos de armas ejecutados por él mismo, y un compañero suyo refería de otra manera los mismos hechos, con el objeto de hacer resaltar la cobardía y mala cabeza del héroe. El lenguaje de Crates tiene admiradores y censores igualmente

exaltados, y Sócrates no carece de detractores. La acción memorable del antiguo Bruto es descrita por unos como el más sublime esfuerzo de la virtud y por otros como el delirio más indisculpable del orgullo y la crueldad. Difícil sería hallar el tribunal adecuado para decidir quién tiene razón; pero es triste cosa pensar que entre los hombres todo es mudable, transitorio y controvertible. Parece a veces que ni aun la virtud tiene ese carácter fijo y marcado que debería hacerla conocer y respetar por todo el universo. Los pobres hijos de Adán estamos tan sujetos a errores, disputas y versatilidades, que no sabemos seguir a la virtud por la misma senda y practicarla de la misma manera. Sin embargo, hay acciones que, aunque tengan un círculo más o menos extenso de censores, son siempre buenas y honradas y dan a quien las ejecuta derechos a la estimación, o, a lo menos, a las alabanzas de los que la conocen. Yo gusto de buscar esta clase de hechos, porque me inspiran benevolencia hacia el prójimo y respeto por esta triste raza humana a que pertenezco. Me parece más dulce amar que aborrecer, más honroso elogiar que maldecir y más satisfactorio publicar el bien, que decir el mal de nuestros semejantes.

||

Amable era el joven Valerio, pero sea por genio, sea por educación o por el influjo de las malas compañías, adolecía de defectos que a veces lo condujeron a cometer faltas graves. Era el jefe de los calaveras de su época, y dotado de gracia, salud, valor y fuerza física, ejercía un influjo irresistible sobre sus compañeros. Las personas de juicio lo hallaron frecuentemente censurable; las severas lo veían casi siempre culpado; las exageradas decían que era criminal. Las estrechas relaciones que tenía con hombres poco estimables, la ligereza de sus conversaciones y la envidia de sus émulos hacían adquirir a este joven una mala reputación que muchas personas no se atrevían ya a negar, ni contradecir.

Yo conocí a Valerio y me agradó. Su viveza, su agilidad y sus chistes llamaron al principio mi atención. Tenía una hermosa cabeza, frente espaciosa y blanca, adornada con rubios cabellos, y una sonrisa de bondad que daba a su fisonomía un encanto, que acaso no descubren en una sonrisa los que no ven a mi manera, ni sienten como yo. Siempre escuché a Valerio con placer, aunque no hallaba en sus ideas ni el juicio, ni la consecuencia, ni la exactitud que hubiera deseado. No obstante, como él era amable y urbano conmigo, a pesar de mi edad, me hallé siempre dispuesta a perdonar sus extravagancias en favor de sus buenos modales. Las

personas amables y atentas, cuando lo son con naturalidad y sin maneras rebuscadas y ridículas, inspiran simpatías y muchas veces gratitud; y las mujeres que hemos pasado de cierta edad nos sentimos dispuestas a la indulgencia y tolerancia hacia la juventud que nos distingue y trata con afectuoso respeto. Conocí que mi afecto por Valerio era improbadado por personas que opinan que las mujeres viejas debemos arrugar la frente delante de la festiva y atolondrada juventud. Mas, encontrando en Valerio un buen corazón, sentí indulgencia para sus extravíos y esperé que en su pecho germinarían fácilmente todas las virtudes. ¡Y cuántas cosas se perdonan al que tiene un buen corazón!

Valerio amaba con pasión (o por lo menos él lo creía así entonces) a una señorita por la cual aseguraba él que se haría mahometano si fuera necesario esto para agradarla. Mil veces me habló de este amor profundo e *invariable* y me protestó que jamás amaría a otra mujer, y que ya sobre aquel punto estaba fijado su destino, aunque solo tendría veinte años cuando hablaba así. Es cierto que él amaba con entusiasmo y que no perdía ocasión de hallarse cerca de su amada. “Cuando estoy a su lado”, me decía, “nada veo sino a ella, porque con sus gracias y hermosura todo lo eclipsa; y si disfrutando de su conversación se me viene a avisar que el fuego ha prendido en mi casa, la dejo arder

por no perder una palabra de aquella boca divina.” Tal era la exageración con que hablaba de sus sentimientos. Mas, en tratándose de ejecutar alguna buena acción, Valerio olvidaba aquel entusiasmo romántico y se dejaba arrastrar por el encanto irresistible y positivo que la virtud ejercía sobre su alma noble y bella.

Una tarde se hallaba con su adorada prenda en la casa de campo de una amiga. Una corta y escogida sociedad hacía más agradable la reunión. Debían bailar después de la cena, y ya Valerio había citado para dos o tres piezas a la señorita que lo tenía hechizado, esperando, decía él, gozar *un siglo de placer* en cada contradanza. Se aguardaba por todos la hora, con aquella inquietud bulliciosa que precede a las grandes diversiones y que tan deliciosa es para la juventud. Acababa de anochecer, cuando la señora de la casa se presentó en la sala llorando, con su niño pequeño en los brazos, el cual gritaba y lloraba con angustia. Ella refirió que la nodriza del niño, aprovechando la hora en que este dormía, para que no se notase pronto su ausencia, había huido de la casa, dejando así a la infeliz criatura, expuesta a perecer de hambre. Todos compadecieron a la señora y le indicaron los alimentos que debía dar al niño y todos ponderaron el mal manejo de la inhumana nodriza. Pero la madre aseguraba que el niño no sabía comer nada y lloraba con

la angustia de una madre que cree en peligro la vida de un hijo adorado. Valerio salió sin decir nada. La desconsolada señora pasó a otro cuarto a tratar de distraer y dormir al chiquito, y el resto de la sociedad quedó en la sala gozando de los placeres de una agradable velada. Aunque se notó la falta de Valerio, ninguno la extrañó, pues suponían que sería algún capricho del *calavera*. A las once de la noche se presentó en la sala donde ya se hallaba la madre del niño abandonado, y dijo: “He corrido hasta el lugar donde supuse que se habría retirado la nodriza, porque sé que allí tiene sus parientes. La hallé, en efecto: algunas reconvenções, refiriéndole los lamentos de usted y los lloros del niño, que la han enternecido, y una ligera recompensa, han bastado para obligarla a volver. La he traído a pesar de la lluvia y la oscuridad que ella alegaba para esperar hasta mañana en su pueblo. Perdónele usted su falta, entréguele su chiquito y duerma tranquila”. La madre quiso manifestar la más tierna gratitud al joven; pero este no dio oídos a sus expresiones, y dirigiéndose a su querida con el aire alegre y franco que le era natural, le dijo:

—Espero que mi falta de puntualidad para cumplir mis compromisos de baile me será perdonada esta vez.

En seguida habló de otra cosa y nunca más volvió a acordarse de que había sacrificado sus placeres a la compasión.

Su buen corazón le hacía hallar natural y sencillo lo que un hombre duro y egoísta no habría ni siquiera imaginado.

III

Había en la ciudad un sacerdote anciano y ciego. Estas dos circunstancias se miraban con indiferencia y menosprecio por una gran parte de la loca e inconsiderada juventud, que nunca piensa que podrá llegar al mismo estado de vejez e infortunio en que otros gimen. Este sacerdote, por desgracia, unía a las dos calamidades referidas un genio iracundo y extravagante, un mal humor perpetuo, y la manía de querer ocultar que era ciego. Por consiguiente no llevaba lazarillo, y a cada momento sufría golpes, tropezones, empujones y caídas, que por lo común excitaban la risa de los circunstantes, quienes se guardaban bien de ofrecerle socorros o guía, porque sabían que recibía con enojo y contestaba con insultos a cualquiera que le brindase apoyo. Un día estaba la calle llena de yuntas de bueyes cargados de madera, a tiempo que venía el pobre eclesiástico. Había cerca de aquel lugar un círculo de jóvenes que se divertían en ver la dificultad con que pasaban las gentes y que se preparaban ya para

burlarse del embarazo en que se encontraría el ciego, de sus infalibles caídas y de sus impotentes furores. Valerio se separó de ellos, voló a donde estaba el anciano y, tomándolo del brazo, le dijo:

—Aquí hay mucho peligro para usted, y yo quiero conducirlo por el camino practicable.

El viejo resistió, según su costumbre, gritó al joven mil desahogos y disparates, le reprendió lo que llamaba su grosera oficiosidad, le repitió que para nada lo necesitaba y quiso desprenderse del brazo de Valerio. Pero este tuvo firme, y aunque con trabajo, lo obligó a salir del mal paso, diciéndole en el tránsito con la mayor dulzura:

—Permítame usted sacarlo de este peligro, y después insúlteme cuanto quiera.

Al salir a un punto despejado soltó el brazo del clérigo, y añadió:

—Puede usted marchar ahora por donde guste, y dispénseme la libertad que me he tomado.

El ciego se retiró diciendo impropiedades al que acababa de guiarlo con tanta felicidad, libertándolo de un riesgo evidente, y los amigos del joven se burlaron de él, preguntándole qué se adelantaba con servirle a un desagradecido atrabiliario como aquel; y qué se perdía dejándolo romperse la figura en castigo de su mal genio y tenacidad.

—¿Qué se adelanta? —replicó Valerio riéndose—; ¿es poca la diversión que causa oírle sus extravagancias? Y, por otra parte —continuó con seriedad—, el placer de evitarle mayores penas sobre aquellas a que lo destinó la naturaleza. Cuando yo veo un viejo ciego me figuro que es mi padre que vive y que ha llegado a ese estado infeliz, y no puedo menos de interesarme por él.

Este es el lenguaje de un hombre en cuyo pecho se abriga un excelente corazón.

IV

Era una tarde de corrida de toros. Los tablados estaban llenos de hermosas damas, y las barreras coronadas de numerosa concurrencia. El placer y la ociosidad habían atraído gran parte de la población del lugar hacia la plaza donde debían correrse estas fieras, a quienes el hombre ofrece su vida por vanidad, codicia o estupidez, en estas fiestas bárbaras que deshonran en nuestros días los pueblos civilizados. Un toro furioso recorría la plaza buscando salida no hallando ninguna; y viéndose hostigado por los gritos y rechifla de la multitud, se para, brama de coraje, escarba la tierra con sus manos, mirando a un lado y a otro con ojos

centellantes, como para elegir el punto hacia donde dirigiría su formidable ataque. Entre tanto, una pobre mujer había entrado en la plaza y conversaba con otras, con la descuidada imprevisión, propia del que carece de ideas. El toro se dirigió hacia el grupo que ellas formaban; al oír los gritos del concurso vuelven la cabeza; ya solo distaban diez o doce pasos del terrible animal. Todos corren precipitadamente a agarrarse de las barreras y la infeliz mujer no solamente es atropellada y cae por tierra, sino que, desgarrados y arrollados sus pobres vestidos queda casi desnuda a vista de un pueblo inmenso. Una risotada inhumana, que parte de los grupos del populacho, y que es repetida por casi todos los *cachachos* (es decir, por los petimetres del concurso) resuena por todos los ángulos de la plaza. Algunos gritos de terror y compasión se hacen oír de los tablados ocupados por mujeres decentes. Un joven bien vestido, de una figura agradable, se precipita hacia el lugar de la escena, arrebatando de paso la ruana de un aldeano que trepaba por las barreras, cubre con ella a la pobre estropeada y quitándose el sombrero, que mueve a derecha e izquierda, atrae sobre sí al animal irritado, para dar lugar de ponerse en seguridad a la mujer a quien quiere salvar. En efecto, el toro embiste al joven por quien es provocado, pero él saca el cuerpo con agilidad, repite un segundo lance y dando un brinco sobre

el cercado queda libre del peligro, cuando muchos corazones temblaban por su vida. “¡Viva Valerio!” gritaron sus compañeros, y él sonriéndose se mezcló con la multitud del pueblo que lo bendecía; porque este pueblo que frecuentemente es una masa insolente y brutal que se ríe con estruendo de las desgracias de sus semejantes, cede siempre al ascendiente que sobre él ejercen el valor y la generosidad.

V

Desgarraba la guerra civil nuestra pobre República y el Gobierno hacía increíbles esfuerzos por ahogar este monstruo destructor. Valerio y un liberto de su casa tomaron las armas en calidad de voluntarios, como hicieron otros tantos ciudadanos, para sostener el orden. Pronto se encontraron frente al enemigo y Valerio se manifestó impávido, alegre y dispuesto a cumplir con los deberes que se había impuesto. Una bala vino de repente a echar por tierra al honrado negro que peleaba al lado de su joven amo, y en el mismo momento hubo algún desorden en las filas de los ministeriales o sostenedores del Gobierno legítimo. Mas, Valerio no se intimidó a pesar de la lluvia de balas que caían a su alrededor; se desmontó de su caballo, tomó en brazos a su

criado gravemente herido, lo colocó sobre la silla y, poniéndose a la grupa para sostenerlo, logró sacar al fiel doméstico de un punto en que infaliblemente habría perecido bajo los pies de los caballos o a los golpes de las bayonetas y lanzas enemigas. Cuando los parientes y amigos reconviniéron a Valerio por haberse expuesto de aquella manera, él les contestó con naturalidad:

—Yo he cumplido con un deber de gratitud y humanidad con este fiel criado de mi familia. Lo mismo habría hecho por mí el pobre negro si me hubiera encontrado en semejante caso.

¿Quién no ama el corazón que mueve a tales acciones? ¿Quién no admira estas nobles inspiraciones del valor, que hacen que un hombre arriesgue su vida por salvar la de su semejante? ¡Y cuántos rasgos de la misma clase podríamos citar de este amable joven! Sin embargo, en la sociedad se le califica siempre con algún nombre poco favorable; y el frío egoísta, el cobarde detractor, el maldiciente consuetudinario, murmuran sin piedad de Valerio, porque no quieren ver sus nobles y bellas cualidades, y porque no saben buscar el buen lado en las personas y las cosas.

¡Tú no vives ya, sensible y generoso Valerio! Pasó tu existencia como un relámpago, y tus nobles acciones, tus infinitos rasgos de bondad han pasado también desapercibidos en

medio de tus compatriotas que llevaban una cuenta exacta de los errores, calaveradas y deslices de tu juventud. Mas, existen casi todos los objetos que amaste, y ellos, si por casualidad leen estos renglones, al derramar nuevas lágrimas consagradas a tu memoria, dirigirán en el fondo de su alma una acción de gracias a la amiga que sabe olvidar tus faltas y quiere honrar tus virtudes. Tu muerte fue trágica, injusta y terrible; pero ella nos ha hecho conocer que tu interesante viuda era digna de tu amor. Cuando ella supo que tu asesino estaba en vísperas de ser condenado al cadalso, envió a pedir su perdón. “Que se le ordene”, dijo, “que venga a contemplar mi profundo dolor y el infortunio en que ha sumido a mis inocentes hijos, y este será el castigo de su crimen.” ¡Ah!, bien manifiesta esa queja amarga, todo lo que sentía el corazón de aquella viuda infeliz, y esto solo hace el elogio de un esposo que merece así las lágrimas y recuerdos de su fiel compañera. ¡Oh, Valerio!, que tu amable viuda y tus tiernos hijos recojan el fruto de las bendiciones de que fuiste colmado tantas veces por los infelices y desvalidos, que recibieron de ti apoyo, consuelos y socorros.

ANGELINA

I. ESCENAS CONYUGALES

—¿Qué tienes, Angelina, que te noto tan silenciosa y pensativa? Hace apenas seis meses que nos casamos y ya estás cansada de mí. ¿Por qué me has aborrecido tan pronto?

—No, Eduardo —replicó ella—, ni estoy cansada de ti, ni te aborrezco.

—Entonces, ¿qué tienes?

—Nada.

Un silencio de uno o dos minutos siguió a esta lacónica respuesta, y Angelina suspiró profundamente. Eduardo pensó que era indispensable descubrir la causa de la pena y desvió de su mujer, y a falta de medios más suaves para obtener su confianza, resolvió hacer el papel, acaso fácil para él, de marido exigente y descontento.

—No me dices la verdad —continuó—, tu indiferencia pudiera ofenderme si tuviera motivo para atribuirla a un

origen culpable; pero creo solamente que será un capricho pasajero. No obstante, exijo que no estés triste.

—No estoy triste —respondió con dulzura Angelina—; mas, si estuviera, ¿cómo podría alegrarme porque tú me lo mandas?

—¿Conque te obstinas en tu reserva y en tu pena? Ya empiezo a creer que en esto hay algo grave.

Angelina al oír esto trató en vano de reprimir otro suspiro.

—¿Por quién suspiras? —tornó a decir el marido.

—Por nadie.

—Yo descubriré ese nadie y... ¡que tiemble! —replicó Eduardo ya completamente enfadado.

—¡Celos ahora! —exclamó la esposa con tono desdeñoso—. Sabes bien que soy incapaz de faltarte ni con un pensamiento.

—Cierto, o por lo menos ese es tu deber —dijo Eduardo—; pero las muchachas son variables y los seductores son activos. ¿Estás descontenta de mí? ¿Crees que haya un marido más amante y complaciente que yo?

Angelina se sonrió tristemente sin responder.

—¿Qué significa esa risa? ¿No te doy gusto en todo? ¿No eres dueña absoluta de cuanto tengo y de mí mismo? ¿Qué deseo has formado que yo no me haya apresurado a contentar?

—No te he manifestado ninguno —replicó ella.

—¿Luego tienes quejas? ¿Cuáles son? Respóndeme, Angelina, yo te lo mando.

—Si yo hubiera tenido una respuesta afirmativa para todas tus preguntas —dijo ella—, el tono imperioso que acabas de usar podría hacerme vacilar al darla. Te diré con franqueza que no pido más de lo que poseo, no estoy descontenta con mi suerte, no anhelo por ningún goce, ni aun de aquellos de que disfrutan todas las mujeres que están en circunstancias iguales a las mías.

—Esa es una queja disfrazada, Angelina —interrumpió con viveza Eduardo—. Dime, ¿cuáles son los goces de que estás privada y de que otras disfrutan?

—No hablemos de esto —dijo Angelina.

—Hablemos —replicó con enfado su esposo—. ¿Cuál es el goce que no tienes?

—Yo podría —dijo ella con calma— concurrir contigo al baile a que nos convidan a los dos y al que tú vas sin mí. Yo podría pagar la visita de una vecina sin pedirte licencia ni estar en obligación de ir contigo; yo podría ir al baño con una amiga o una criada los días que tus quehaceres te impiden acompañarme; yo podría pasar la tarde del domingo en la ventana cuando estás ausente, sin que esto debiera molestarte, como ha sucedido; yo podría acostarme temprano cuando tengo sueño, sin necesidad de esperar tu vuelta a casa, que a veces es muy tarde; y a pesar de que todo esto es inocente y permitido a todas las mujeres, no lo hago porque te incomoda.

—¿Conque hay quejas? —respondió Eduardo con mal humor.

—No —dijo ella—, yo de nada me quejo; pero como me haces preguntas terminantes y me mandas con autoridad que responda a ellas, debo decirte la verdad.

—¡Qué impertinencia! Tú no acostumbrabas antes ese tono, y veo que para tomarlo has debido contar con algo que te anime y estimule. En vano tratas de engañarme; yo lo descubriré todo.

Diciendo esto Eduardo se alejó de su esposa, quien triste y desconsolada lloró un rato y después se ocupó, como siempre, en sus quehaceres domésticos, aunque con cierto aire distraído e inquieto y suspirando a cada momento a pesar suyo. No era en verdad que ella extrañase la brusquedad de su marido, pues por desgracia él no era amable aunque quería a Angelina con mucha predilección, que era cuanto él podía hacer. Ya muchas veces había usado de un tono rudo y absoluto para imponer a su mujer las privaciones que ella acaba de enumerar y otras muchas que no tuvo tiempo de recordar, y así para la esposa no eran nuevos estos modales, pero aquella era la primera vez que se separaba de ella enojado y sin tratar de hacerla olvidar con una caricia la orden despótica que acababa de darle o el tono tiránico y absoluto con que le había hablado. Esa

noche volvió más tarde de lo acostumbrado, quiso dormir en otro cuarto y pidió la cena a su criada y no a su esposa, como siempre lo había hecho. Al día siguiente no dirigió ni una palabra, ni una mirada a Angelina, y al entrar por la noche en la casa, no preguntó por ella a pesar de no haberla hallado en la sala donde siempre lo esperaba. Esta conducta había costado arroyos de lágrimas a Angelina; pero era tímida y no se atrevía a quejarse, temiendo importunar a un hombre que había logrado dominarla aunque ella le aventajaba en todo. Al tercer día ya el pesar de la esposa era insoportable y así determinó tener una explicación. Con este fin se acercó a él, en el momento en que se retiraba al dormitorio que nuevamente había elegido, y le dijo con un tono dulce y expresivo:

—¿Qué tienes Eduardo?, ¿hemos de seguir siempre así?
Él no respondió.

—¿Quieres volverme loca? —añadió con acento desesperado.

—Yo no quiero nada —dijo él con frialdad.

—Pero vuelvo a preguntarte, ¿hemos de vivir así siempre?

Eduardo afectó no atender a esta nueva interpelación y tomó en silencio una luz para retirarse. Entonces Angelina, por un movimiento irresistible corrió, apagó la vela que su esposo tenía en la mano, se colocó entre él y la puerta y le dijo con resolución:

—No te irás sin decirme por qué me aborreces.

Este era el momento del triunfo de Eduardo. Él había pensado contentar aquella noche a su mujer, pero le era duro dar los primeros pasos después de haber hecho el papel de ofendido. Su buena y dulce compañera se le anticipó, y él conociendo que su aparente indiferencia afligía a Angelina, tuvo la crueldad, tan frecuente en los maridos, de gozar de una angustia que le probaba el amor de su esposa, que aseguraba su dominación, y que un hombre delicado y sensible se habría apresurado a calmar. La miró un rato con seriedad y, sentándose gravemente en una silla, dijo:

—Y bien, ¿qué quieres?

—Quiero saber por qué estas enojado, saber qué he hecho yo para que me trates tan mal.

—Yo no trato mal a nadie.

—¿Y hemos de vivir siempre así? —volvió a preguntar ella.

—Como tú quieras —replicó Eduardo, con frialdad e indiferencia.

—¡Dios mío!, ¡qué tono!, ¿por qué me aborreces tanto?

—Yo no te aborrezco, Angelina —respondió con tono solemne el marido, que volvía a caer en la tentación de hacerse temer y de mortificar un poco a su compañera—, pero tu seductor pagará con su sangre...

—¿Qué seductor? —interrumpió Angelina—, no seas cruel, Eduardo, no me desesperes.

—Sí, dijo él, veo que tiembles por el que te interesa; yo lo sé todo y...

—¿Lo sabes todo?

—Sí, y mi venganza será tremenda. Pero —añadió con voz más suave—, a ti te perdonaré si una franqueza ilimitada te conduce a hacerme una relación la más circunstanciada de cuanto ha pasado.

Es indefinible la expresión del semblante de Angelina mientras su marido pronunciaba estas palabras; mas un profundo fisonomista habría notado una mezcla de cólera, ironía y desdén. Eduardo no vio nada de esto, porque estaba ya realmente poseído de la violenta pasión de celos.

—Y bien —dijo Angelina—, ¿cuál es el nombre de ese seductor?

—Dilo tú —exclamó Eduardo irritado.

—No lo sé —contestó ella con calma—, y desearía saberlo.

—¡Ah!, piensas que no conozco a tu amante, porque te pregunto su nombre. Quería saber solamente hasta dónde llegaba tu atrevimiento. Pero callas y con razón; es duro pronunciar el nombre de la vil criatura que nos ha hecho faltar a nuestros deberes. No obstante —añadió creyendo haber discurrido un medio asombrosamente diestro para

descubrir la verdad—, habrás de decirlo porque yo lo exijo de ti y a este precio te ofrezco mi perdón.

—¿Tu perdón, Eduardo?

—Sí —contestó este—, con tal de que no se haya cometido el mayor de los crímenes.

Angelina se había contenido con pena, pero no pudo tolerar más largo tiempo la idea de que su esposo la juzgase culpable, y la palabra *perdón* en boca de este produjo en ella el efecto de una mecha inflamada sobre un barril de pólvora.

—No puedo decirte lo que no es —replicó con energía—, y así me veo en la necesidad de confesarte que te amo mucho, y que tú eres el objeto único de todos mis desvelos y cuidados. Ni en un pensamiento te he faltado, ni conozco hasta hoy hombre alguno que yo sospeche siquiera que haya intentado, no digo seducirme, pero ni siquiera decirme una galantería. Te protesto esto por cuanto hay de sagrado; pero no olvidaré nunca tus ultrajantes sospechas y tus ofensivas expresiones. Jamás se borrará de mi memoria que me has hablado de perdón.... ¡Tú!, ¡prometerme a mí perdón!

Algunas lágrimas corrían por las mejillas de Angelina; pero se notaba fácilmente que trataba de reprimirlas y que su pecho estaba profundamente agitado. Eduardo la miraba con atención y no podía persuadirse que lo engañase aquella mujer que él estaba acostumbrado a amar con la

preferencia de que era capaz. Sin embargo, deseoso de penetrar el secreto de la tristeza de su mujer, y no hallando en su imaginación otro medio para hacerla hablar sino el del enojo, se resolvió a llevar adelante sus primeras acusaciones, y en consecuencia añadió con severidad.

—Yo no puedo alucinarme con protestas vanas cuando todas las apariencias te condenan, cuando el llanto del arrepentimiento te descubre tu falta, cuando tu mal disimulada tristeza en los últimos días me trasmite el grito de tu conciencia. Sí, este grito debe hacerse oír muy penetrante en tu alma. Has faltado a la fe que debías a quien te ama exclusivamente, has menospreciado mi amor. ¿Qué tienes que responder a mis justas quejas? ¿Qué responderás a Dios por la profanación del santo Sacramento que nos une? Di, mujer culpable, ¿qué responderás?

—¿Qué responderé? —exclamó Angelina, levantándose con dignidad—; que he guardado, que guardaré siempre mi fe y mis juramentos, aunque tú te has burlado de tus compromisos contraídos al pie de los altares y tomando por testigo al mismo Dios. Sí, ingrato, tú me faltabas en premio de mi amor, mi obediencia y mi consagración. Este es el secreto de mi tristeza y sin tus injustas acriminaciones no me la habrías arrancado jamás. No tengo más que decirte.

—¡Tú, celosa! —dijo Eduardo con aire burlón—; esto no es creíble.

—Celosa no —replicó Angelina con seriedad y haciendo ademán de retirarse—, sino resentida, ofendida hasta lo íntimo del alma.

—Pero, dime —continuó Eduardo deteniéndola suavemente por la mano, que ella retiró al punto—, ¿de dónde te ha nacido este capricho? Yo no pienso sino en mis negocios; cuando estoy fuera de casa me ocupo en ellos, y a mi regreso podría decirte segundo por segundo en qué los he empleado, y qué he hecho. A nadie visito, y no he dejado de manifestarte siempre el mismo cariño. Ven acá, Angelina, y que se acabe esta reyerta.

Eduardo tendió los brazos para estrechar en ellos a su mujer, pero esta se retiró pronunciando en voz baja las palabras *ingrato* y *perjuro*. Entonces Eduardo, irritado al ver rechazada una caricia suya, prorrumpió en denuestos contra los chismosos que así habían engañado a su mujer; le suplicó seriamente que desechara sus sospechas, instándola con empeño para que le dijese de dónde nacían.

—Por último —añadió—, te han contado mentiras por mortificarte, y quieren hacernos pelear. No lo lograrán, mi Angelina; yo tomo a Dios por testigo...

—No acabes —interrumpió ella con vivacidad—, no blasfemes así invocando a ese testigo que te condenará, y

cuyo nombre debería hacerte temblar. Sino, dime, ¿en qué casa pasas las horas de la noche desde las nueve hasta las once? ¿Con quién has paseado el jueves último por las orillas del río, cuando para no salir conmigo aquel día me aseguraste que tenías que arreglar cuentas con un amigo? ¿Para quién eran los dos bonitos pañuelos que separaste de la tienda en días pasados? ¿Quién te regaló las manzanas que traías el domingo y de las cuales me ofreciste dos, que acepté por no desagradarte? ¿Por qué ese mismo día renunciaste a tu papel de centinela dejándome sola durante la larga función de iglesia a donde tuviste cuidado de conducirme y colocarme en medio de la más apiñada concurrencia? Habla, Eduardo, ¿quién salió contigo esa mañana hasta el solar inmediato al cementerio? Pero, te callas, no te atreves a nombrarla, porque, como decías hace poco, debe ser penoso pronunciar el nombre de la criatura vil que nos hace faltar a nuestros deberes. Pero yo no estoy en el caso, y puedo nombrar a Marta, a la despreciable Marta, hija del sacristán de San Felipe, a la miserable Marta, que se ha puesto el primer traje decente costado por ti, y que, habiendo tenido siempre una conducta equívoca, rechaza ahora al honrado labrador que la quiere por esposa, para ostentarse públicamente como la favorita de un hombre casado. Ella es la que causa mi infortunio, por ella pasan

desapercibidos de ti mis cuidados y cariños, mi retiro, mi consagración a mis deberes y mi resignación; y cuando a causa de ella me riñes y te enojas, cuando me abandonas tres días a mi solitario dolor, cerca de ella es que te diviertes y ríes, y en su mísera casa pasas las veladas, lleno de alegría y buen humor, para venir luego a colmar de injurias en tono altanero y agrio a la esposa que te ama y que es incapaz de ofenderte. ¡Ingrato! ¡Mil veces ingrato! Ya te lo he dicho todo; vuelve ahora donde tu Marta y déjame llorar.

Angelina no acabó su terrible y enérgico discurso sin prorumpir en llanto, y Eduardo, que la había escuchado con asombro y notable confusión, se agitaba en su silla sin hallar palabras para responder a las justas quejas de su mujer. Por último, tomó su partido acercándose a ella:

—No llores —le dijo, besando su cabeza que estrechó contra su pecho—, no llores, mi buena Angelina. Algo de lo que dices es cierto, pero no ha sido con el objeto que supones. He ido a casa del sacristán por negocios, y sino pregúntale y verás cómo vamos a emprender una siembra de trigo en compañía. Le regalé un traje para la hija, porque me aseguraron que estaba de novia y es muy pobre. Nos hemos encontrado algunas veces en el paseo, pero yo no lo he proporcionado. Me dieron en su casa unas manzanas, como pudieran habérmelas dado en otra parte, y el domingo te dejé en la iglesia, porque el día

anterior le había ofrecido a nuestro vecino Andrés hallarme en el camino del cementerio para ver con él un pedazo de tierra que por allí tiene, y que quiero comprar para tener cerca un potrerito para nuestros caballos, y si esa niña se encontró conmigo, fue por casualidad.

Durante estos descargos las caricias de Eduardo se habían multiplicado, y las lágrimas de Angelina corrían con más abundancia. Las mujeres lloran siempre; su alegría, su compasión, su pena, sus dolores físicos, sus temores, todos sus sentimientos profundos se manifiestan con llanto. Hasta su enojo las entenece, y en este caso las lágrimas anuncian la calma próxima, así como una fuerte lluvia descarga a veces las nubes que amenazaban con una espantosa tempestad. Eduardo conocía esto instintivamente y no a causa de sus observaciones y así se complacía viendo llorar a su esposa. Sabía también que esta joven buena y sensible tenía necesidad de ser amada, y le prodigaba sus caricias, para que estas hiciesen sobre el corazón de su mujer el efecto que dicen produce el aceite derramado sobre las olas agitadas de un mar embravecido.

Por fin Angelina le preguntó sollozando: —¿Es verdad que me amas? ¿Es verdad que esa otra no te interesa?

—Sí, querida mía, solo a ti amo y no debes creer en apariencias. No seas celosa, no estés brava, abrázame y que se acabe todo.

Angelina lo abrazó sonriéndose en medio de su llanto, y él continuó diciéndole algunas burlas sobre sus celos, sobre la inexactitud de las noticias que había adquirido y aun sobre la coquetería y defectos de Marta; porque la mayor parte de los maridos terminan con un tono chancero e insustancial estas graves explicaciones en que la razón está de parte de su esposa, y esta afectada ligereza les parece suficiente justificación a falta de justicia y veracidad.

Angelina sabía bien a qué atenerse sobre las explicaciones que Eduardo había dado de sus relaciones con la familia del sacristán; pero contenta con las protestas y caricias recibidas, no quiso afligir a su marido con objeciones embarazosas, pensando que el mal se curaría con solo haber hecho saber al culpable que su conducta era conocida, y, persuadida de que la momentánea confusión que había causado a Eduardo era suficiente castigo de sus faltas, se abandonó con delicia a la esperanza de un porvenir tranquilo, lleno de confianza y amor. Tal vez aquella noche de la primera reconciliación fue la más feliz de cuantas había pasado; tal vez se alegró de tener que perdonar, para gozar de la cariñosa gratitud con que era recibida su indulgencia; y Eduardo juzgándola enteramente desimpresionada, era feliz también con unas paces que disipaban sus dudas sobre la fidelidad de su mujer y que le daban la certidumbre

de hallar siempre, al volver a su casa, un semblante risueño y una acogida afectuosa. De este modo terminan casi todas las contiendas conyugales, cuando es el marido el ofensor, y en esto se ve indudablemente la mano de la Providencia.

II. LAS MADRES

Algunos meses habían corrido después de la escena que acaba de leerse, y ningún disgusto grave había turbado la paz de los esposos. Es verdad que, pasados los primeros días después de la reconciliación, se resfriaron un poco los tiernos sentimientos de Eduardo, que no dejó de ser exigente en cuanto a las privaciones y encierro que imponía a su esposa. Esta volvió a estar pensativa y a suspirar, y los negocios de Eduardo con el sacristán no se interrumpieron, porque una compañía para siembra de trigos no se termina en cuatro días. Es verdad también que la pobre Angelina sufría ahora la mortificación de oír con frecuencia el nombre de Marta en boca de Eduardo, ya porque no había misterio en las relaciones de intereses conservados con aquella familia, ya porque, habiendo recibido con aire risueño las burlas que su esposo le dijo a causa de sus celos la noche de su reconciliación, tenía que soportar siempre chanzas sobre el mismo objeto,

y estas chanzas estaban muchas veces mezcladas de comparaciones mortificantes para Angelina, que era ciertamente menos bonita que Marta. Esta clase de imprudencia es muy común en los hombres poco delicados, que creen encubrir sus descarríos con una estudiada ligereza, y que jamás se ponen en el lugar de la persona cuyo amor propio ofenden, y cuya sensibilidad agravian hablando siempre en su presencia de una rival aborrecida. Si los hombres pudieran comprender cuánto hieren y ultrajan a sus mujeres con estas insulsas y despiadadas burlas, si ellos supieran cuánta amargura van acumulando, y cuánta frialdad van engendrando en aquellos corazones que tanto les importa conservar tiernos y amantes, quizá se abstendrían del abuso indigno que hacen de una paciencia que están tan distantes de imitar. Es verdad que a veces Angelina respondía con mal humor y enfado a aquellas bromas importunas; pero entonces Eduardo se ponía serio y ella tenía que variar de tono por temor de enojarlo.

Una tarde entre otras le presentó Angelina un plato de fresas que había cogido en su huerta.

—¡Qué hermosas están! —dijo Eduardo—. ¿No sería bueno enviárselas a Marta? Ya ves que lo mejor debe ser para las buenas mozas.

—Sí —replicó ella—, lo dices como en chanza y lo de-seas de corazón; y puso el plato sobre una mesa.

Un sujeto entró en aquel momento y se interrumpió la conversación. Angelina tomó el plato sin que su marido lo advirtiese, salió y dijo a una criada:

—Ve a casa del sacristán, pregunta por Marta, y dile que Eduardo le manda estas fresas como a la más hermosa, y la respuesta que ella dé, se la dirás a él en mi presencia.

La criada abrió tamaños ojos dudando si sería cierta o no la comisión; pero una orden imperativa de su señora la hizo obedecer. Al cabo de un cuarto de hora estando solos los dos esposos, entró la criada y, dirigiéndose a Eduardo, le dijo:

—Manda decir la señora Marta que las fresas están exquisitas como regalo de su merced; que ella le tendrá una recompensa proporcionada al regalo.

—¿Qué significa esto? —preguntó Eduardo a su mujer.

—Es claro —replicó ella—, me dijiste que las fresas debían ser para Marta como la más hermosa, y estando tú ocupado, yo se las envié en tu nombre, cierta de complacerte con esto.

—¡Qué ridícula sorpresa! —exclamó Eduardo luego que se retiró la criada—. Jamás te perdonaré el que tomes así mi nombre para indagar mi conducta. ¡Esto es infame! Es una maliciosa provocación que me ultraja y te pone en ridículo. Un marido debe respetarse siempre, y un marido como yo, con doble motivo. Angelina, tu proceder es indebido,

tus infundados celos me cansan y por fin me precisarás a dejarte. Te has puesto en el caso de que Marta se ría de ti al descubrir que estás celosa, y esto pudiera acaso inspirarle la idea de atraerme, si ella no fuera una muchacha tan juiciosa y recatada.

Eduardo pronunció con afectación estas palabras de elogio que debían mortificar a su mujer, y ella se sintió humillada por el resultado de su burla. Conoció que había procedido con imprudencia, y como Eduardo hiciese el papel de muy quejoso y ofendido, ella pidió perdón, lloró, suplicó y por último logró la paz, no sin que su marido hiciese el caso grave y la hubiere obligado a prometer un sufrimiento que ella había puesto ya en práctica mil veces, antes de prometerlo.

Desde esta experiencia se convenció la triste esposa de que sus penas no tenían remedio. Desde aquel día Eduardo la buscaba menos, tenía más asuntos fuera de su casa, y ella no osaba quejarse, porque no se le recordase con severidad el malhadado incidente de las fresas.

Una noche, sin embargo, habían hablado largo rato con calma y complacencia de lo próximo que estaba el día en que tendrían la dicha de acariciar el primer fruto de su matrimonio. Eduardo se había recreado haciendo mil proyectos y manifestando a su esposa los planes paternos que

había concebido respecto a la futura educación que daría al hijo que les naciera bien pronto. Ella, que esperaba este suceso como lo único que podía reconquistarle el corazón de Eduardo, se manifestó muy contenta y ostentó a su vista la curiosa y bien provista canastilla que había preparado para el deseado hijo, y daba las gracias a su marido que le había preparado con profusión todo lo que era necesario para este objeto.

La noche estaba muy avanzada y ya pensaban en retirarse, cuando un ruido extraño que sintieron en su ventana atrajo su atención. Algunos minutos después dos fuertes golpes dados en la misma ventana los hicieron estremecer; pero ambos volaron a abrirla, para descubrir la causa de aquella novedad. La calle estaba oscura y sola, y fue después de un rato de pasear sus miradas por las tinieblas que descubrieron un cesto amarrado a su ventana. Por un movimiento simultáneo salieron ambos a la calle, desataron el cesto y vinieron a registrarlo cerca de la luz. ¡Cuál fue su sorpresa al descubrir en el fondo del canasto un niño recién nacido! La criatura estaba envuelta en un pedazo de zaraza y tenía un papel sobre el pecho. Ambos esposos lo leyeron en silencio. Decía así: “Eduardo, yo soy pobre y no tengo medios para vestir y criar a nuestro hijo. Le pongo, pues, bajo tu paternal protección. Críalo,

edúcalo y no olvides el amor que has tenido y prometido conservar a su madre”.

Eduardo permaneció mudo de asombro y vergüenza. Angelina echó sobre él una mirada de reconvención y se inclinó sobre el niño con una mezcla de lástima y curiosidad. Durante algunos segundos se guardó silencio de ambas partes, y Eduardo tuvo tiempo para recobrar su serenidad y decir:

—¡Esta es una infamia! ¡Es una burla escandalosa y atroz que no debe dejarse impune! Que se arroje ese muchacho en la puerta de la iglesia, y yo iré en este mismo instante a averiguar de dónde procede esta indigna chanza. Yo castigaré al miserable que se atreve a atribuirme la paternidad de ese muchacho. Sí, Angelina, no temas que este juego indigno quede sin venganza.

Al oír su nombre, pareció que Angelina despertaba de una meditación profunda.

—¿Qué decías? —preguntó a su esposo.

Este repitió con mayor energía sus desahogos y amenazas contra quien pudiese ser autor de lo que llamaba una burla atroz, y se levantó para ordenar a su criada que llevase el niño a la puerta de una iglesia donde debía perecer de frío y de hambre, o despertar en algún corazón cristiano la caridad que socorre al pobre y adopta al huérfano desvalido.

Angelina puso su mano sobre la boca de Eduardo para impedirle pronunciar el cruel mandato.

—No —le dijo con entereza—, el hijo de Marta a quien ella arroja de su seno, a quien niega la leche maternal, a quien Dios pone bajo mi custodia, no será huérfano en el mundo.

—¡Ese no es mi hijo! —exclamó con impaciencia Eduardo—, es necesario hacerlo llevar a la puerta de la iglesia.

Su esposa continuó sin manifestar que había oído sus palabras.

—Sí, el hijo de Marta, cualquiera que sea su padre, es ya hijo mío, porque ella no lo quiere. Lo recibo como retribución de las fresas que una vez le mandé. Una parte de aquella canastilla será para él, y cuidándolo, vistiéndolo y acariciándolo haré un aprendizaje anticipado de los desvelos y deberes maternos.

Después, tomando al niño en sus brazos y dirigiendo una mirada suplicante a su marido, que la observaba con aire descontento y embarazado.

—Mira, Eduardo —le dijo—: este pobrecito es rechazado por su madre, no tendrá seguramente padre que lo reclame, y solamente nosotros podremos llenar este vacío que dejan esos padres desnaturalizados. Criemos al niño, para que nuestro hijo tenga con quien jugar, y acariciémoslo porque es hermoso como su madre. ¿No lo ves, Eduardo?

Parece que se sonríe con mis besos. ¡Qué cruel sería su padre, si al verlo no lo amara! Eduardo, este es mi *promejénito** y su venida al mundo me ha causado muchos dolores en el alma, para que yo pueda rechazarlo; tómallo, acarícialo como hago yo —y diciendo esto le presentaba el niño.

Penetrado aquel hombre de gratitud por el delicado y noble proceder de su esposa, recibe el niño e impone sobre su frente un beso que parecía dirigido más bien al corazón de Angelina. Esta lo observa, ¡ya está reconocido el hijo!, y entonces llora la virtuosa joven. Sería imposible discernir todos los sentimientos que dan origen a estas lágrimas; pero aunque a ellos se mezcle alguna debilidad humana, todo queda santificado con aquel heroísmo de perdón, de piedad, de dulzura y amor maternal. Angelina vistió al instante al recién nacido, envió a buscar ama para que lo criase y no se acercó a su marido hasta la madrugada, hora en que ya el niño quedaba dormido en una cama abrigada en el cuarto en que quedó instalada la nodriza. Eduardo permanecía sentado en una silla, cabizbajo, silencioso y pensativo. Su mujer se acercó a él por fin, y le dijo con dulzura:

—Vamos a dormir que ya pronto es de día.

—¿Qué has estado haciendo? —preguntó Eduardo.

—Cuidando de nuestro hijo adoptivo.

* Primogénito.

—¡Yo no he adoptado a nadie! —exclamó Eduardo.

—Nuestro expósito, pues —continuó Angelina.

—¡Esto no puede ser! —dijo Eduardo como hablando consigo mismo.

Angelina fingió tomar aquella frase como respuesta dada a ella y se apresuró a añadir:

—Tienes razón, sí, este niño no puede, no debe ser expósito en la casa de su padre. Mira, Eduardo, no debemos disimularlo. Tú sabes que este es tu hijo y yo sé que lo sabes. Afectar despego hacia él sería una injusticia cruel y sin objeto. ¿A quién engañarías? ¿A quién tendrías voluntad de engañar? No a Dios, que ha visto tu conducta y conoce todos los secretos de tu alma. No a mí, porque esto es imposible, y la obstinación sobre el particular te perjudicaría. No me hagas dudar de tu sensibilidad y buen corazón de padre, como me has hecho dudar de tu amor conyugal. Sé buen padre con el hijo de tu amada; para que yo pueda esperar que lo serás también con el hijo de tu esposa.

Eduardo prorrumpió entonces en llanto, y abrazando tiernamente a Angelina, la dijo:

—Tú eres mi esposa y mi amada. Desde esta noche nadie podrá disputarte los derechos que tienes sobre mi corazón que posee en el tuyo su mayor tesoro. Me has dado una lección que no será perdida. Yo te había injuriado con

sospechas indignas, te había tratado con frialdad, despego y dureza, y tú me perdonas evitando con delicadeza hasta la apariencia de una queja, cuando la ocasión se brindaba para que me abrumases con justas y terribles reconvenciones. Parece que solo tratas de asociarme a tu beneficencia, al tiempo que me indicas que debo cumplir con los deberes que me impone la naturaleza. ¡Ah, Angelina! La culpable Marta por quien yo te había dejado, no solamente trata de desavenirnos poniendo a tu vista el fruto de nuestro crimen y recordando y reclamando un amor que nunca mereció, sino que desnaturalizada y cruel niega su leche al hijo de sus entrañas y lo entrega a merced de los celos de una esposa justamente ofendida. Sin pudor ni remordimientos, ostenta su debilidad y expone la vida del ser que debía serle más querido. Pero, tu bella alma ha burlado sus planes perversos; tus virtudes, tu generosidad, te vengan de esa mujer despreciable, y te vuelven íntegro mi corazón que solo siente por Marta aversión y desprecio. Tú das una madre al hijo de esa mujer insensible, que desoyó la voz de la naturaleza, y de tu culpable esposo, que aun a vista de esa criatura desgraciada pensaba engañarte y añadir un nuevo crimen al que había cometido contra ti, y este acto de clemencia de tu parte redobla mi amor y mi veneración por ti, mi buena e inimitable amiga. Yo te llamaba infiel,

cuando te estaba traicionando, yo te hablaba del grito de la conciencia, cuando la mía adormecida me dejaba gozar en el crimen, ¡tú olvidas todo, para tomar bajo tu protección al hijo de tu enemiga! Angelina, ¿cómo podré agradecer tu bondad y desagraviarte debidamente?

La buena esposa interrumpió la efusión de gratitud de su marido, diciéndole:

—No hablemos más de esto, mi pobre Eduardo; yo estoy recompensada ya de lo que he hecho, puesto que he recuperado tu afecto. No me ha costado trabajo proceder así, pues para ello estaban de acuerdo mi religión, mis inclinaciones y mi propio interés. Cuando una mujer tiene paciencia y perdona, cumple preceptos sagrados, y cuando obliga a su esposo a la gratitud, labra su propia dicha.

—Sí —dijo Eduardo abrazándola con ternura—, sí, mi Angelina querida, yo haré por tu dicha más de lo que piensas, pero mucho menos de lo que tienes derecho para exigir. La presencia de esa inocente criatura que has adoptado me recordará mis deberes hacia ti, si por desgracia llego a olvidarme de ellos.

La amable mujer quiso que no continuara este asunto de conversación y los dos esposos se retiraron contentos.

Pero la alegría de Angelina era pura y sin mezcla, al paso que su marido estaba avergonzado, humillado y arrepentido.

Mas, era feliz porque tenía una esposa llena de virtudes.

Desde que ocurrió esta escena han pasado muchos años. Dios solo sabe si aquel marido tan noblemente castigado habrá cumplido sus compromisos, si el expósito habrá llenado sus deberes, y si Angelina recordará siempre que una mujer vengativa y despiadada no merece ser feliz, ni puede hacerse amar; pero que la que procede como ella procedió se hace digna de la adoración de su esposo y del respeto público.

EL POBRE BRAULIO

Hay en las grandes ciudades una clase infeliz que no conoce familia, que no tiene nombre, no posee hogar ni fortuna y que vive como los perros sin dueño, y muere sin dejar quien llore sobre su humilde sepultura, ni quien recuerde siquiera durante ocho días que aquel ser gimió y vegetó sobre la tierra. A esta clase pertenecía Braulio el cojo, conocido en Bogotá hace cuarenta años por su nombre de bautismo y por su proverbial seriedad, pues entre sus conocidos se decía que solo se reía una vez cada año. Encontrábasele muy de mañana en las calles, porque pasaba la noche en un portón, en un altozano o debajo del arco de algún puente. Desde las seis hasta las doce del día cargaba agua para varias casas y ganaba fácilmente un par de reales. La cuarta parte de esta suma la consumía en la chicha y tabaco del día y el resto aumentaba lentamente el fondo que llamaba sus ahorros. Su alimento lo tomaba ya en una casa, ya en otra, ya

en la portería de algún convento, y su vestido se componía de algunas piezas desechadas que recibía como limosna o gratificación en las casas en que lo ocupaban; por eso unas veces gastaba una abrigada levita de paño viejo y roto, otras una chaqueta de listado, ya una casaca de militar y unos pantalones de grana, ya una camisa de fina irlanda, llena de agujeros, ya un chaleco de seda sin bolsillos; pero todo cubierto con su ruana negra, compañera inseparable del pobre bogotano. Pasaba Braulio las tardes caminando por los alrededores de la ciudad, o bien sentado con indolencia en el camino de algún paseo público, donde observaba silenciosamente las diversas escenas que se presentaban a su vista. Algunos días, que por reflexión o capricho desechaba su habitual pereza, se presentaba a la puerta de algún rico comerciante, en el momento de trasladar los fardos al almacén, y al punto era ocupado, con lo cual ganaba seis u ocho reales, que iban a la alcancía depositada en la casucha de su comadre Catalina. Diremos ahora lo que eran esta alcancía y esta comadre.

La primera era una pequeña caja de madera de diez pulgadas cuadradas y seis de altura, cerrada por todas partes y que solo tenía sobre la tapa una corta hendedura por donde podía pasar un real de plata. Era allí que Braulio guardaba al fin de cada semana sus ahorros de cada día. Catalina era

una mujer de cuarenta o cuarenta cinco años, viuda de un honrado chircaleño y lavandera de oficio. Había perdido sucesivamente los cuatro hijos que le dejó su esposo y vivía sola en la habitación heredada de sus mayores. Ella ignoraba cuándo y cómo se había formado la amistad de su marido con Braulio; pero lo cierto es que este fue el padrino de su primogénito y por tanto era siempre bien recibido por Catalina, quien le había permitido guardar en su casa su tesoro, que estaba oculto en un agujero cerca del techo. Pero ella no quiso dar posada a su compadre para que pasase la noche debajo de cubierta, porque sus susceptibilidades de recato no le permitían dar un paso que pudiera haber sido mal interpretado por sus vecinos. Cuando Braulio llegaba a la casa a añadir algunos reales a los contenidos en la famosa alcancía, Catalina lo obsequiaba con una jícara de chocolate, y luego con la curiosidad y volubilidad propias de las lavanderas, le preguntaba noticias de la ciudad y le refería cuanto había sabido en la alegre sociedad de sus compañeras. El compadre la oía con atención y le respondía con laconismo, concluyendo por rogarla que aceptase un ovillo de hilo, un par de agujas, un espejito o una cruz de cobre que había comprado o pedido expresamente para ella.

¿Quiénes habían sido los padres de Braulio? ¿Qué educación había recibido? ¿Dónde y cómo había pasado su

infancia y juventud? Ninguno lo sabía y ninguno se interesaba por saberlo. Un miserable de esta clase no es notado por nadie y en su presencia se habla y se obra sin reserva; se le tutea desde la primera vista y se le propone el oficio más humillante y bajo, sin temor de que lo rehúse, con tal de que se le ofrezca un pobre real o una peseta en retribución. Millares de seres de esta clase viven y mueren desconocidos hasta de sus propios padres, después de haber alojado sesenta o setenta años una alma inteligente y racional en un cuerpo embrutecido y acosado por todas las necesidades de la humanidad. La sociedad civilizada no se digna arrojar sobre ellos una mirada protectora. Su humilde y desabrigada cuna es desamparada y desdeñada por los ricos de la tierra, así como será mirado con horror y repugnancia su frío y estrecho ataúd. ¿Crio Dios con este destino a tantas criaturas infortunadas? No lo creemos. ¡Cuántas veces palpitará un noble corazón bajo los envilecidos harapos de la miseria! ¡Y cuántas, un espíritu elevado, un talento superior, un heroísmo sublime, estarán encerrados en esos cuerpos macilentos y sucios que apenas nos inspiran compasión! ¡Oh raza humana degradada, infeliz y envilecida! ¿Cuándo recobrarás tus derechos? ¿Cuándo llegará el día en que todos los hombres participen igualmente del pan que sustenta el cuerpo, del vestido que lo abriga, de la educación que

desarrolla la inteligencia y de la benevolencia general que regocija el corazón? ¿Cuándo despertarán las almas de tantos millones de criaturas de su frío y forzado entorpecimiento? ¡Generaciones futuras!, preparad para ese día, que acaso no está lejos, un himno de gratitud digno del Eterno y proporcionado a la inteligencia del hombre!

Pero volvamos a Braulio. Una noche en que, según su costumbre, llegó a reclinarsse en el hueco de la puerta de una panadería, sintió que la cerraban con cautela y oyó que en el zaguán se tenía una conversación en voz baja. Puso alguna atención y distinguió el diálogo siguiente:

—¿Dónde lo pusiste, Manuela?

—En la puerta de la iglesia.

—Hace mucho frío y temo que le suceda algo.

—No temas, quedó bien arropado en el canasto y como pronto saldrá la luna y el sacristán irá a dar las ocho, es seguro que lo ve y se lo lleva.

—Mejor habría sido echarlo al hospicio.

—No, porque está muy lejos y no tenemos tiempo a nuestra disposición.

—Estoy por enviarte a recogerlo otra vez, pues me da mucha lástima.

—¿Y qué harías con él? Ya el cachaco te dijo que no lo reconocería y que se enojaba si seguías con tal idea; nosotras

no tenemos a quién dárselo a criar y si la señora descubre lo que ha pasado, nos echa a las dos con escándalo, en presencia de todas las otras y no tendremos con qué vivir.

—¿Y si se muere el pobrecito sin bautismo?

—No lo creas; el sacristán lo bautiza. Ya que saliste con bien y que hasta ahora todo sucede como queríamos, vuélvete adentro, finge que aún te sigue el cólico para no salir mañana, y yo voy a poner la llave en su puesto, que no fue poca fortuna haberla podido sacar sin que la señora me viera. Si se hubiera acostado antes, la cosa habría sido imposible.

—Bien, Manuela; pero mañana procura averiguar con maña qué se ha hecho del chiquito.

—Sí, te lo prometo; pero no te olvides de lo que me has ofrecido.

Braulio no necesitó oír más para comprender todo el negocio. Su corazón se oprimió y sus cejas se fruncieron involuntariamente. Tal vez pensó él que su origen habría sido como el del niño abandonado de quien acababan de hablar en aquel zaguán. Tal vez imaginó que un caballero le había dado el ser en medio de los desórdenes de su desenfrenada juventud y lo habría rechazado desde antes de nacer para escapar así al cumplimiento de los deberes paternos. Braulio se estremeció después de un momento de meditación y un suspiro ahogado salió de su pecho. ¿En

qué pensaba entonces? Probablemente en la madre culpable e infeliz que, en fuerza de circunstancias terribles o de la corrupción del alma, lo arrojó de su seno privándolo de la leche que debía sustentarlo y de esas dulces caricias que son la segunda vida del niño. Por fin se levantó con presteza y se dirigió a la iglesia más inmediata. Nada encontró y se encaminó con ligereza a la parroquial que estaba dos cuadras más lejos. Al llegar allí ya había salido la luna y sus rayos daban sobre un pequeño canasto arrimado a la puerta de la iglesia. En medio de unos pedazos de frazada de lana y de muchos trapos viejos dormía profundamente un niño recién nacido. Braulio levantó con emoción aquella pobre cuna y dijo en voz baja: “En el nombre de Dios”. Se retiraba ya cuando oyó un débil gemido en la esquina opuesta del altozano. Dirigióse a aquel punto y divisó un bulto que la oscuridad formada por el ángulo del pretil no le permitió distinguir por lo pronto. Acercose más y entonces vio una petaca de paja en que estaba acostada otro niño sobre una almohada de seda, envuelto en primorosas mantillas, con cofia de punto, guarnecida de encajes, y abrigado con un cobertor de algodón muy fino. Braulio después de haber hecho este examen se enderezó, cruzó sus dos manos sobre el pecho y dijo: “¡Oh Providencia! ¡dos en una noche!”. Esto era justo y aceptó el hallazgo. Pero van a confundirse los destinos del

rico y del pobre, del noble y del plebeyo, del hijo de la seducción y del que tal vez es hijo del crimen. Después de un momento de silencio añadió: “¿Por qué permite Dios que sean madres estas mujeres crueles? Parece que fuera necesario que el mundo hormiguease de seres infortunados, que como yo, no tienen de dónde esperar una caricia, ni un recuerdo”. En seguida suspiró tristemente, se sentó, y con sus toscas manos despojó con cuidado a la criatura de la petaca, guardó en su bolsillo la faja de cinta plateada, arrojó las demás ropas con desprecio y envolviendo al chiquito en parte de los harapos que cubrían al del canasto, lo acostó a su lado. Que no hayan distinciones entre vosotros, dijo; los hijos adoptivos del mendigo desde este instante son hermanos gemelos. Después registró la petaca para ver si había en ella algún papel, y, no hallando nada, se retiró llevando su canasto debajo de la ruana y dirigiendo sus pasos a la casita de Catalina. Al llegar, notó que su comadre no estaba sola, porque le hacían visita algunas mujeres y por tanto pasó de largo. Colocó su canasto en la orilla de una zanja y se sentó a contemplar los niños. Observó que el de la panadería era más robusto y dormía mejor, al paso que el otro lloraba a cada instante, parecía débil y temblaba de frío. Pero ambos eran blancos, hermosos y bien formados. Trató Braulio de calentar con sus manos a la pobre criatura y se entregó al parecer a una meditación

profunda. Mas su rostro permaneció impasible y ya había recobrado su aire de calma e indiferencia. Cuando le pareció que se habría retirado la visita, alzó su carga con cuidado y se encaminó a la casita. Tocó a la puerta de Catalina, y esta, que aún no se había acostado, al conocer la voz de su compadre vino al punto a abrir. Después de darse recíprocamente las buenas noches, le dijo ella:

—¿Qué novedad es esta, compadre? ¿Por qué viene a estas horas? ¿Qué trae de nuevo?

—Esto —contestó Braulio—, presentándole el canasto.

Catalina fue a tomarlo y al ver su contenido lo retiró, exclamando:

—¡Dos muchachos! ¡Virgen Santísima! ¿De dónde trae esa encomienda, compadre? Lléveselos, que yo no quiero pasar malas noches.

—No —replicó Braulio—, aquí se quedarán y usted será su madre.

—Ni por pienso, compadre. Dios me quitó mis hijos y yo no seré tan simple que me haga cargo de los ajenos. No es mala semilla.

—Será por caridad —insistió el buen hombre.

—Digo que no. Llévase sus pichones porque no hay nido para ellos en mi palomar. Madre tendrán, que los crie, y a quien Dios se los dio...

—No, comadre —interrumpió Braulio suspirando—, no tienen madre.

—¿Qué fue, pues, murió del parto?

Braulio no respondió a esta pregunta y continuó. Un caballero me los ha recomendado, diciendo que él pagaría el ama, los vestiría y daría una gratificación regular a quien los cuidase. Usted es tan buena, comadre, que no me obligará a buscar otra parte donde ponerlos. Si Dios se llevó sus cuatro niños, fue para dejarles lugar a estos dos.

Catalina pareció convencida, ya fuese por las razones de Braulio, ya por la esperanza de la rica gratificación que sin duda daría el misterioso caballero. Hizo cuanto pudo por saber quiénes eran los padres de los gemelos, pero Braulio le contestó que no podía decirlo, como era la verdad. Después se ocuparon ambos en buscar con la imaginación la persona que pudiera hacerse cargo de los niños y Catalina indicó bien pronto a la hija de una lavandera amiga suya, que había perdido en aquella semana a una chiquita de dos meses. Convinieron en que, durante aquella noche, la lavandera acallaría los lloros de los niños con un poco de agua de azúcar y que se diría a las vecinas que un desconocido había traído las dos criaturas, ofreciendo pagar su crianza. Arregladas las cosas de aquella manera, se retiró Braulio ya tranquilo y fue a colocarse frente del altozano de la parroquial.

Apenas había pasado el primer toque a misa, cuando vio venir una criada vieja con una cesta debajo del brazo, lo que indicaba que iba a la plaza y que había mudado de dirección. La siguió para hacer sus observaciones y notó que la mujer, después de subir las gradas, echaba una mirada inquieta y furtiva hacia el rincón donde estuvo la petaca y del cual habían desaparecido ya esta y las ropas abandonadas por Braulio. La criada entró a la iglesia y volvió a salir casi al instante. Cuando se retiraba la vio Braulio recoger con presteza y guardar en su seno, con semblante inquieto y asustado, un objeto que estaba medio oculto entre la yerba de la calle. Para otro habría sido difícil adivinar lo que recogía y guardaba la mujer; pero Braulio conoció fácilmente la cofia guarnecida de encajes, que seguramente el viento había arrebatado hasta el lugar en que se hallaba. Braulio siguió a la criada y la vio entrar en la casa de un caballero rico, poseedor de una bella hacienda. Entonces volvió a colocarse cerca de la puerta de la panadería. Varias mujeres salieron de ella, pero Braulio no se movió porque conocía a la mulatica que había hablado la noche anterior en el zaguán. Cerca ya de las ocho de la mañana la vio salir y notó que después de haber andado una media cuadra hacia el norte, se volvió y subió el altozano de la parroquial. Entró con aire desembarazado a la iglesia, se detuvo un poco, salió

luego y tomó el camino de la plaza del mercado. Braulio la seguía. La muchacha se paró en una esquina y al cabo de algunos minutos se acerca a ella un joven de muy buena presencia, a quien Braulio conocía por ser el hijo segundo de un comerciante a cuyo almacén había llevado mercancías en diversas ocasiones.

—¿Cómo va, Manuelita? —dijo el joven con tono familiar a la muchacha.

—Bien, mi amo —replicó esta—, pero por allá hay novedades.

—¿Qué hay?

—Que ya Ángela salió de su cuidado.

El joven se puso serio y la mulata continuó:

—Nadie lo ha sospechado en la casa, fuera de mamá Lucía y yo. Llevamos al chiquito a la puerta de la iglesia, muy bien abrigado, y ya lo quitaron.

—¿Quién?

—No se sabe, pero el corazón me dice que tendrá buena suerte.

Entonces la frente del joven se desarrugó y dijo con buen humor.

—Esto ha sido bien hecho, Manuelita.

—Sí, señor; pero Ángela no quería. Trabajo me ha costado persuadirla.

—¿Y qué habría hecho la pobre con un hijo? Dile de mi parte que ahora no tiene ya qué pensar sino en restablecerse y que tendremos aguinaldos alegres. Toma estos ocho reales para ti y para ella —diciendo esto, colocó el joven un peso en la mano de Manuela, le hizo una caricia un poco libre y se alejó.

Braulio suspiró de nuevo, y queriendo hacer una prueba de la sensibilidad de aquel libertino, lo alcanzó pronto y llamándolo por su nombre, le dijo:

—Un socorro por Dios, mi buen caballero. Anoche ha dado a luz un niño mi pobre mujer y no tenemos con que vestirlo para llevarlo a bautizar.

—¿Tu mujer? —interrumpió el joven—, ¿y para qué se casan los miserables como tú?

—Es, señor... que para no vivir mal... y luego el trabajo no alcanza y por tal de no abandonar nuestros hijos, pedimos limosna, porque duele el corazón al considerar con necesidades a una criatura inocente.

—Pues mira, yo soy rico y no me casaré hasta que lo sea otro tanto, para que mis hijos no tengan que sufrir por la pobreza. Pero hombres de tu clase no piensan y luego se contentan con *amostazar** a todo el mundo con sus plegarias. En fin, tú no tienes la culpa de ser un animal, toma y márchate.

* Irritar, enojar.

Esto diciendo sacó dos reales del bolsillo y los puso en la mano de Braulio, aconsejándole que no tuviera más hijos para que no plagara la ciudad de limosneros. Viose el pobre en la necesidad de aceptar este ultrajante socorro y se quedó largo rato contemplando al joven que se alejaba, con sentimientos difíciles de explicar. “¡No se casará hasta que sea doblemente rico”, decía a media voz Braulio, “porque quiere que sus hijos vivan en la opulencia! Pero entre tanto engañar a las muchachas honradas y laboriosas y los hijos que le produzca su mala conducta serán botados, como el de anoche, en la fría puerta de una iglesia! No deben, en su concepto, tener hijos legítimos los hombres de mi clase para no plagar la ciudad de limosneros, y los hombres de la suya pueden vivir en el desorden y tener hijos naturales, que abandonados desde la cuna por sus corrompidos padres, no serán mendigos, ¡sino tal vez facinerosos!”

Aun continuaba Braulio hablando entre dientes, cuando llegó a la puerta del hacendado donde había visto entrar algunas horas antes a la vieja criada. Tocó suavemente a la puerta y la misma mujer se presentó a abrirle.

—Señora —dijo en voz alta—, vengo a hablar con los amos sobre un asunto que me interesa, sobre una criatura que me botaron anoche en la puerta de mi rancho.

La mujer se turbó y dijo:

—Los amos salieron a misa y la señorita está enferma a consecuencia de una caída que se dio anoche en la escalera.

—Pero será bastante buena para oírme, vaya usted donde ella.

La criada pálida se retiró y a pocos momentos volvió en busca de Braulio y lo introdujo a una pieza decente y abrigada, donde sobre un sofá estaba una hermosa joven reclinada en una lujosa almohada y cubierta con una capa de terciopelo.

—¿Qué es lo que usted quiere? —preguntó con voz lánguida al pobre.

—Que tengo una criatura desnuda y hambrienta que me botaron en mi puerta y venía a pedirle a su merced una limosna.

—¿A qué horas le botaron a usted esa criatura?

—Cerca de las ocho.

—¿Sospecha usted de quién será?

—No, señora.

—¿Es hombre o mujer?

—Es hombre.

—Sin duda es hijo de alguna de esas vagamundas que no tienen escrúpulo en llevar una mala vida y después abandonan sus hijos. ¿Cómo estaba vestido?

—Estaba desnudo, envuelto en un pedazo de frazada.

La señorita suspiró, pero Braulio no pudo distinguir si aquel suspiro era producido por la compasión, por un recuerdo, o como un desahogo al ver desvanecida una duda mortificante.

—¡Pobre criatura! —añadió, y en seguida llamó a su criada Petra, a quien ordenó que diese a Braulio alguna ropa vieja y un par de reales.

—Yo quisiera saber el nombre de sumerced para ponerlo en la pila a mi futuro ahijado.

La señorita pronunció su nombre. Braulio se rascó la cabeza y dijo:

—A mí todo se me olvida; es mejor que sumerced me lo escriba en un papel para dárselo al cura.

La señorita tuvo la condescendencia de escribir su nombre en un papel y despidió pronto a Braulio, diciéndole que estaba muy mala.

El pobre se retiró con amargura. No había sorprendido en aquel pálido y hermoso semblante ni una contracción, ni un gesto, ni la más leve sombra que pudiera traicionar la emoción del alma de una madre. Ella había condenado la conducta de las mujeres que abandonan a sus hijos y su voz no se alteró y su rostro permaneció sereno al pronunciar este fallo. Pero él sabía bien a qué atenerse, y un exterior

hipócrita, una compasión fingida no podían hacerle mudar sus opiniones, ni dejarle duda ninguna sobre los padres de sus dos expósitos.

Ya nada tenía que esperar de los sentimientos de la naturaleza, y desde aquel instante quedaron adoptados por el pobre Braulio aquellos dos niños que sus padres rechazaban tan inhumanamente.

En consecuencia, se volvió a la casita de Catalina, a quien encontró ya ocupada en sus funciones maternas, pues en las casas donde lavaba había pedido algunas ropas que estaba arreglando para los niños. La Martina había aceptado y desempeñaba con gusto las funciones de nodriza. Braulio bajó su alcancía, la destapó con la punta de su cuchillo y en el más retirado rincón del rancho hizo un examen de su caudal. Tenía ciento trece pesos en reales, medios y cuartillos. “¡Cuánto dinero!”, exclamó. Bien ha hecho Dios en darme estos dos hijos, pues para ellos será toda esta plata. Pagó entonces el primer mes adelantado a Martina, dio una gratificación a su comadre, guardó el resto de su dinero y en seguida se acercó a la cuna en que dormían sus dos protegidos. Al contemplarlos bogó por sus labios una sonrisa de felicidad. No tenían hambre, ni frío y a él le debían estos bienes. Llegó a las márgenes del río de Fucha y allí se sentó. Aquel día no había trabajado, pero las facultades de

su alma habían estado en la mayor actividad. Tenía necesidad de soledad, de silencio, de descanso. Quería saborear su dicha. ¡Ya no sería solo en el mundo! Tenía familia que se había creado con su beneficencia, y esta familia compuesta de dos expósitos recién nacidos le hacía ya formar deseos, proyectos y esperanzas hasta para un remoto porvenir. Braulio pasó la tarde en una meditación vaga y deliciosa en que por primera vez había encontrado el sentimiento de la dignidad del hombre y el noble orgullo que inspiran los buenos procederes. Al anochecer entró en la ciudad y acompañado de Martina y Catalina llevó a bautizar los niños. Él fue padrino de ambos y las dos mujeres tuvieron cada una a uno en la pila, para repartirse así los deberes de madrinas. El hijo de Ángela tuvo el nombre de su padre, y el de la señorita recibió el de su madre y el de su abuelo materno. Desde el día siguiente volvió Braulio a su género de vida ordinario, con la diferencia de que trabajaba algo más y que visitaba diariamente la casa de Catalina, a donde lo atraía el tierno y paternal amor que profesaba a los niños.

Siete u ocho meses habían corrido sin que ningún suceso alterase la paz de su existencia, cuando una tarde fue cogido por dos soldados, conducido al cuartel, filiado y destinado irrevocablemente al servicio de las armas. A fuerza de instancias consiguió que lo dejaran salir con un cabo

para avisarle a su comadre su paradero. Tres semanas permaneció en el cuartel a donde todos los días le llevaban sus hijos adoptivos para darles un beso, porque Braulio pretendía que aquella caricia le hacía bien a su alma. Por fin se trató de marcha y Braulio fue a despedirse de la familia. Jamás le habían parecido los niños tan hermosos, y así fue que los acarició largo rato con indecible ternura. Después bajó su alcancía y la puso en manos de Catalina, diciéndole:

—Esto es de los niños: cuidado, comadre, con dejarlos carecer de nada. Su padre, que vive en esta ciudad, vigilará la conducta de usted y le pagará en proporción de su buen manejo. Por mí nada digo, porque no sé si volveré algún día. Yo había pensado —añadió tristemente— que no tendría en el mundo otro deber sino cuidar de ellos; pero hoy tengo el de matar a mis prójimos y me ausento para cumplirlo —en seguida abrazó a su comadre y a Martina, que estaban anegadas en llanto y salió apresuradamente de la casa por temor de llorar en presencia de las mujeres.

Cinco años trascurrieron y durante ellos recorrió Braulio las tres Repúblicas del Sur, que debieron su libertad a los heroicos esfuerzos de Bolívar y del bravo e invencible ejército colombiano. El buen hombre había adquirido conocimientos, experiencia y mejores modales en este largo período de viajes y campañas; pero el fondo de su carácter

era siempre el mismo: grave, callado, temperante y perezoso. Había cumplido su deber con la conciencia de un buen soldado; mas, como hombre, detestaba su carrera y se avergonzaba de su oficio. El desenfreno de costumbres que había observado en las grandes ciudades, especialmente en Lima, le hacía recordar las aventuras de la memorable noche en que adoptó a los dos niños abandonados; pero, a pesar de aquel suceso y de otros muchos de que había sido testigo en su país, siempre encontraba menos inmoral la sociedad bogotana, que la de otras ciudades en donde había permanecido. Sea por esto, sea por amor a sus antiguos hábitos o ya por el continuo recuerdo de sus hijos adoptivos, Braulio suspiraba por volver a Bogotá. Logró su licencia absoluta en el año de 1827, y a fines del mes de setiembre entró en la capital de la Nueva Granada. Sus pasos se dirigieron al punto hacia la casita de Catalina, mas encontró en ella a un nuevo propietario que no acertó a darle noticia del paradero de su comadre. Entonces se encaminó al río Fucha para interrogar a las lavanderas, y a fuerza de indagaciones, paciencia y súplicas, pudo averiguar que Catalina había muerto hacía dos años, que un vecino codicioso se había apoderado de la casita, y arrojado de ella a los demás habitantes, y que Martina, con su madre y los niños, vivía en un miserable rancho por el lado de Egipto. “¡Qué desgracia es

no saber leer y escribir!”, pensó Braulio, dirigiéndose al sitio indicado. “Si Catalina, Martina y yo hubiéramos poseído estos cortos conocimientos, yo les habría dado algunas instrucciones sobre lo que tenían que hacer, habría sabido oportunamente la enfermedad y muerte de mi comadre y habría previsto todo. Pero los pobres nada tenemos sino el conocimiento amargo de nuestras necesidades y aislamiento. Pasamos la vida sobre la tierra sin que se perciba nuestra existencia, ni deje un lugar vacío nuestra desaparición. Si no se temiera la infección de nuestros cadáveres, no habría para nosotros ni una fosa donde sepultarnos. Un mueble de madera, una vasija de barro hacen más falta a los señores del mundo, que una docena de personas como Catalina y yo. Sin embargo, nosotros formamos la mayoría inmensa del género humano y cuando los poderosos nos necesitan dicen que es para hacernos dichosos, y que por nuestro bien se hacen las leyes, se dan las batallas y se conquistan las ciudades. Mas, yo hasta hoy no he conocido más felicidad sino la de hacer bien a otros más infortunados que yo...” Haciendo estas tristes reflexiones subió Braulio hasta Egipto. La primera choza que descubrió tenía un pobrísimo aspecto; junto a la puerta hilaba una anciana cubierta de andrajos y al frente sobre unos cueros inmundos y despedazados estaban sentados cuatro muchachos y tres

muchachas, desde dos hasta seis años de edad, que casi todos lloraban, se mecían sobre sí mismos y manifestaban en su aspecto el hambre y las más penosas necesidades. Muy lejos estaba el honrado Braulio de imaginar que en aquel grupo de infortunados se hallaban sus queridos hijos. Se acercó a la anciana y le preguntó con afabilidad:

—Patroncita, ¿por qué lloran estos niños?

Ella levantó los ojos y le contestó con indiferencia:

—Porque tienen hambre.

—¡Hambre, señora! ¿Y no hay qué darles?

—No —replicó ella—, somos muy pobres, y yo tuve que recoger los tres hijos de mi hija mayor que murió hace diez y ocho meses, hay además los dos pequeños de mi otra hija y dos agregados que no podemos echar a puerta ajena porque a causa de ellos tuvimos comodidad durante tres años y esperamos todavía que nos venga algo. Intertanto, mi pobre Martina apenas puede mantener con su trabajo a toda esta chusma.

El veterano enjugó con sus dedos dos lágrimas que corrieron de sus ojos y se acercó a los muchachos. Las dos mujercitas más grandes corrieron asustadas a ocultarse en la choza y los otro cinco miraron con asombro al desconocido, pero sin hacer ademán de huir. Braulio miró largo rato a tres niños que parecían de la misma edad, esperando descubrir

entre ellos a sus dos protegidos. Pero la miseria marca con un sello uniforme y espantoso a todas sus víctimas. Las lágrimas y el desaseo hacían iguales aquellos rostros pálidos y afligidos. Los cuerpos extenuados, sucios y negros no presentaban de notable sino un abultado vientre; los cabellos, enmarañados y enrojecidos con el sol, cubrían en desorden su frente, hombros y espalda, y sus manitas mugrientas y descarnadas estaban guarnecidas por uñas semejantes a las de una ave de rapiña. El dolor había embargado su voz a Braulio, quien por fin se separó de ellos sin proferir una sola palabra. Corrió a la primera tienda, compró pan, bizcochos, chocolate y huevos, y volvió a la miserable choza. Puso en manos de cada niño un bizcocho, y entregó lo demás a la anciana para que hiciese el almuerzo. Cuando acabaron de saciar el hambre, tomó Braulio de la mano a los dos niños, que apenas parecían de tres años. La naturaleza había ayudado a su desarrollo mientras tuvieron mantenimiento y abrigo, pero privados después hasta de lo más necesario, sujetos a todas las incomodidades de la miseria, había cesado su crecimiento, su hermosura había desaparecido bajo los rudos golpes del hambre y casi habían olvidado hablar. Braulio los acarició con amor y lástima y dijo a la anciana que los bañase y si tenían alguna miserable camisa los mudase mientras él iba y volvía.

Su primera diligencia fue informarse en la panadería sobre la existencia de Ángela. Allí le dijeron que hacía pocos meses que aquella infeliz había muerto en el hospital, víctima de una deplorable enfermedad. Fue entonces a casa del comerciante a preguntar por el señorito, y supo que viajaba por Europa y que a su regreso se casaría y establecería en una provincia distante. Era, pues, evidente que el hijo de Ángela no tenía ya padres. Encaminose entonces a casa del hacendado y supo que la señorita se había casado hacía quince meses con un hombre muy feo, muy rico, de bastante edad y de malísimo genio; pero que tenía una casa lujosísima y que era ya madre de una niña. Con tales noticias volvió Braulio a Egipto, tomó en sus brazos al hijo de la rica señorita, mudada con una camisa de lienzo ordinario llena de remiendos. Seguro estaba de no ser conocido por aquella dama, porque las señoras nunca miran con atención a un mendigo y porque los años, el bigote, el traje y el aire militar lo disfrazaban enteramente. Pidió ser introducido cerca de la señora y lo consiguió sin dificultad. Estaba ella en su comedor dando órdenes para la comida, pues esperaba varios convidados. Tenía en sus brazos a una linda criatura blanca y rosada de edad de seis o siete meses. Era singular la semejanza que esta chiquita tenía con el protegido de Braulio, cuando este partió para

la guerra. El soldado lo notó con amargura, porque en la actualidad nada había de común entre los dos hermanos. Braulio saludó a la dama con aire marcial y desembarazado y luego añadió:

—Ya vengo a implorar el favor de usted —ya el veterano no decía sumerced, como el abyecto altozanero— para este niño; es de buena cuna y está muy necesitado.

—Bien —dijo la señora, dando un beso a su niña y sin mirar a Braulio—, si es de buena cuna ocurra usted a sus padres, que tendrán mucho gusto en servirle.

—Es, señora, que el infeliz niño no es hijo de matrimonio, y como la señorita, su madre, está ahora casada, no puede reconocerlo.

—Entonces que sufra la pena de sus culpas. Pero, en fin, esa señora si no es una mala madre, puede socorrer a su hijo en secreto.

—De eso trato —replicó Braulio—, pero mire usted, señora, a esta pobre criatura, tal vez se mueva su alma en su favor.

La dama miró al niño con aire indiferente, besó otra vez a su hija y exclamó con ternura:

—¡Qué linda es!

Braulio conoció que acababa de hacerse una comparación desventajosa para su protegido, pero resuelto a apurar los recursos, añadió:

—Es triste la suerte de esta criatura porque yo sé que podría estar al abrigo de todas las necesidades. La noche que una criada vieja lo expuso en un altozano, estaba vestido como hijo de un gran señor. Tenía una almohada guardada de encajes, una cofia de punto, que se quedó entre la yerba hasta el día siguiente en que la recogió la misma criada, y una faja de cinta plateada que yo conservo —aquí hizo Braulio una pausa para observar a la señora, pero nada pudo ver, porque estaba inclinada sobre su niña, a quien daba de mamar, y los rizos de sus cabellos ocultaban enteramente su rostro. Braulio prosiguió:— Al día siguiente de haber recogido yo a esta criatura, que había estado expuesta a ser devorada por los perros, fui a casa de la madre y me dio alguna ropa y un par de reales. Pero en compensación de tan pobre limosna, me dejó esperar que oiría en otra época mis ruegos, pues me dio su nombre escrito con su propia mano, seguramente para que con esta seña pudiese confiado reclamar su protección.

La dama miró entonces al soldado con una atención indagadora. Sus mejillas eran de color de púrpura y un movimiento convulsivo, casi imperceptible, agitaba sus labios.

—Todo eso es un cuento de usted —dijo—. Ninguna mujer decente, al verse en el caso de abandonar un hijo, caso que no creo posible, habría cometido la torpeza de darle

a usted su nombre escrito, para autorizar reclamaciones que todos los días amenazarían su honor y su tranquilidad. Retírese usted, buen hombre, y si ese muchacho tiene hambre, puede usted enviar a las cuatro de la tarde con una vasija, y se le dará abundante comida para dos o tres días. Pero no ande usted mintiendo para obtener limosna.

Braulio se mordió los labios de despecho, y dijo:

—No, señora, ni miento, ni pido limosna; lo que busco es el corazón de una madre para este niño.

—Entonces —dijo la dama—, vaya usted donde la persona cuyo nombre tiene escrito.

—Esto es lo que hago —dijo el soldado, sacando de su bolsillo un pequeño tubo de lata y de él un papel que desdobló y presentó a la dama.

Ella lo miró con curiosidad; pero al reconocer su nombre, una oleada de rubor se extendió por su frente, porque un vago recuerdo le representó la escena del pobre el día que ella estaba enferma. Pero no pudo soportar la idea de verse humillada por aquel desconocido, y la naturaleza calló delante del orgullo herido de una noble altanera. Rompió el papel, arrojó con desdén los pedazos, y dijo a Braulio con voz irritada:

—Este es un nombre de bautismo que nada significa y la historia de usted es un tejido de imposturas. Yo he tenido

demasiada paciencia en oírlas; retírese usted antes de que venga mi marido, porque si usted lo aguarda tendrá que arrepentirse.

—¿Pero este niño? —preguntó Braulio con calma.

—Lléveselo usted —dijo la señora—, y no vuelva jamás a presentarlo aquí.

Tuvo Braulio por un momento la tentación de permanecer en la casa y de publicar delante de los convidados la vergüenza y la insensibilidad de aquella mujer, pero con mejor acuerdo mudó de resolución. Se acercó con audacia a la dama, llevando en sus brazos al expósito y tomando con su ruda mano el bracito blanco y torneado de la niña, lo arrimó al brazo ennegrecido y flaco de su protegido, y exclamó con voz severa:

—Mire, usted, señora, la diferencia; *esta* es la hija de la avaricia y la vanidad, y nada le falta; *este* es hijo del amor y muere de hambre y de frío. Pero yo, pobre inválido, cuidaré de él en esta vida, y usted dará cuenta a Dios en la otra, de la diversidad de destinos que han tenido sus hijos en el mundo y de cada una de las lágrimas que este infeliz derrame a causa de su pobreza y desamparo.

Diciendo esto, volvió la espalda a la aterrada señora y se apresuró a salir de la casa. Llevaba un dolor de más en su corazón, pero acariciaba con delicia al expósito, porque había

hecho infructuosamente este último esfuerzo para procurarle la protección natural: le parecía que Dios bendecía su adopción y que jamás podría faltarle la misericordia divina.

Aquella noche se arreglaron las cosas con Martina. Se alquiló una habitación más cómoda para toda la familia, se compraron unos pocos géneros para dos mudas de ropa a cada uno de los niños y se fijó una pequeña cantidad para la mantención de las dos mujeres y los siete chiquitos. Dos meses después ya los muchachos estaban rosados, alegres y menos flacos. Braulio no vivía con ellos, pero pasaba las tardes con placer en medio de estos seres inocentes, felices e imprevisivos. Como él no olvidaba que una de las mayores desgracias del pobre pueblo consiste en no saber leer y escribir, resolvió evitárselas a sus hijos y se comprometió a hacer ciertos servicios en casa de un capitán retirado que vivía cerca, a trueque de que diese algunas lecciones a los niños. Al cabo de un año los niños leían bien en libro y empezaban a formar letras en una pizarra. El gozo de Braulio era inmenso, pero se le preparaba una desgracia espantosa.

Un albañil que amaba a Martina concibió celos de Braulio. Esta pasión más ciega que el amor, más violenta que una tempestad, no puede conducir al hombre sino al error o al crimen. El albañil acusó a Braulio de un robo que se había cometido en la ciudad. Sus oficiales y aprendices dieron

falsas declaraciones, se siguió la causa y después de ocho meses de cárcel fue condenado el veterano a presidio en Cartagena. Cuando se le notificó la sentencia había agotado casi todos sus recursos y por desgracia se hallaba ausente de la ciudad un religioso con quien se solía confesar y que le tenía guardadas dos onzas de oro peruanas, que formaban su tesoro de reserva para un caso apurado. Nada podía hacer Braulio y los celos del perverso albañil lo ponían en el de no hablar con Martina. Logró únicamente ver al capitán; le recomendó sus queridos hijos y puso en manos de este improvisado protector una corta cantidad que aún le restaba, resolviéndose a bajar el Magdalena sin ninguna especie de recursos. No describiremos ni los tristes adioses que tuvieron lugar entre él y los niños, a quienes logró ver el día de la partida, ni las infinitas penalidades que sufrió en el viaje. El que haya visto una partida de presidiarios conducidos a la costa apenas podrá creer que los legisladores no han tenido en cuenta los tormentos del tránsito para rebajar la pena que impone la ley. Los padecimientos de Braulio en el presidio, a que tan injustamente se veía condenado, fueron crueles e inauditos. Su espíritu sufría tanto más cuanto que sabía que sus hijos habían quedado en perfecto desamparo y miseria. Pero su fuerza de alma y su temperancia triunfaron de tantos enemigos como tiene el

infeliz presidiario del interior que va a cumplir su condena en el mortífero clima de la costa. Cuatro años pasaron por fin con la lentitud con que pasa el tiempo para los infortunados, y Braulio se sujetó a manejar una palanca de boga para tener algún medio de regresar a su país. Mas en Nare se enfermó de fiebres tercianas y hubo de permanecer allí muchos meses esperando su salud que jamás venía. Sintiendo cada día más enfermo y extenuado, resolvió continuar su viaje por tierra, mendigando. ¿Quién podrá describir un viaje como este? El infeliz soldado para no extraviarse en aquellas selvas inmensas seguía las orillas del río, pasando muchas veces cuarenta y ocho horas sin tomar un bocado, porque no hay a quien pedirle en el desierto y no siempre se presentaba una barca de cuyos conductores pudiese recibir un socorro. A los catorce días llegó a las playas de Honda. Su viaje de allí a Bogotá fue menos penoso porque hallaba caridad y hospitalidad en todas partes; pero dilató casi un mes en llegar, porque la fiebre, los dolores y la extenuación lo obligaban a detenerse cinco o seis días en las casitas de los pobres, donde se hospedaba. Podía creerse que vivía por un milagro especial de la Providencia y que solo un pensamiento de caridad y beneficencia era el que daba valor a aquella alma probada con tantas tribulaciones, y fuerza a aquel cuerpo extenuado con tantas necesidades

y miserias. Pero él pedía vida a Dios para salvar a sus hijos adoptivos de las desgracias que lo rodeaban al tiempo de su partida. Atravesó casi toda la ciudad para ir a casa del capitán. Este lo recibió con aspereza, le dijo que los muchachos no habían correspondido a sus esmeros y que solo habían aprendido a leer y escribir muy mal, y que él viendo que eran unos vagamundos los había concertado hacía tres años en calidad de aprendices con el maestro albañil Mauricio Alcázar. Al oír este nombre dio Braulio un doloroso gemido, pues la desgracia de sus hijos había excedido sus previsiones. Preguntó con apresuramiento en qué obra trabajaba el maestro, y salió de casa del capitán con el corazón oprimido de dolor. Afortunadamente antes de ver a sus hijos encontró a la madre de Martina.

La infeliz anciana le refirió llorando que su pobre hija, acosada de nuevo por la miseria, se había ido a vivir con Alcázar, quien no solamente estropeaba a toda la familia, sino que casi todos los días apaleaba a Martina sin piedad. Añadió que los peor tratados eran los hijos de Braulio, porque los antiguos celos hacían feroz con ellos al terrible maestro. Los muchachos recibían golpes a cada momento, estaban pereciendo de hambre, no tenían casi vestidos y dormían sobre la dura tierra en el zaguán inmundo de la casita que habitaba el maestro. Braulio no escuchó más y

partió para la obra. No le costó trabajo como la primera vez distinguir a sus niños entre los otros muchachos. Eran los únicos flacos y desnudos que trabajaban allí. No tenían sombrero y la necesidad estaba pintada en sus semblantes. Al llegar Braulio acababa el maestro de dar dos fuertes palos a uno y llamaba al otro diciéndole una multitud de injurias. Braulio se precipita hacia el que lloraba todavía y lo estrecha en sus brazos, diciéndole:

—¿No me conoces, hijo?

El muchacho lo mira un instante con sorpresa, mas a pesar de sus andrajos, su tez amarilla, su espesa barba y su aspecto cadavérico, lo conoció. Tiró lejos el zurrón con arena y se dejó caer en los brazos del pobre, gritando, “¡mi padre, mi buen padre!”. El otro niño corrió también y ambos cubrieron de caricias el venerable rostro del mendigo. Mas el bárbaro maestro interrumpió esta escena, diciendo: “¡A fuera, vagamundos! ¡Que no se quite el tiempo a mis trabajadores!”. Braulio era allí la parte débil y no podía sostener una lucha con el maestro, que alegaba el derecho de un contrato formal hecho con el capitán. Así se contentó con decir a los muchachos que continuasen trabajando, que pronto estaría de vuelta.

Se dirigió al convento de su antiguo confesor, que era toda su esperanza, y no solamente tuvo la fortuna de hallarlo

sino que el buen padre le devolvió su depósito y quiso acompañarlo a la obra para hacer por él la reclamación de los niños. El albañil se opuso tenazmente, alegando que aún faltaban tres años para que se cumpliese el contrato. Fue necesario ocurrir a la justicia, que en el primer juzgado estuvo también cubierta con una venda. Braulio estaba casi desesperado, pero el buen padre hizo tales esfuerzos, que los muchachos fueron entregados a Braulio, diez días después de su llegada a la capital. El honrado veterano los estrechaba en sus brazos y no sabía cómo agradecer al sacerdote el servicio que le había hecho. Sintiéndose ya próximo a morir, hizo llamar a su confesor y le pidió un consejo sobre lo que debería hacerse con aquellos infelices huérfanos, cuyo nacimiento y desgracias le refirió menudamente. El religioso convino en que era imposible que el padre del uno y la madre del otro los reconociesen jamás, y que para los muchachos era peor saber que no eran hermanos y que pertenecían a una familia distinguida.

—Me encargo de ellos —añadió el buen padre—. Si quieren un día ser lo que yo soy, mejor para ellos. No tienen padres, familia ni fortuna, no tienen porvenir en el mundo y vale más que sean oscuros religiosos que grandes malvados o miserables pordioseros, y por desgracia su posición no les deja ver un horizonte risueño.

Braulio bajó tristemente la cabeza. ¿Qué se habían hecho los proyectos que formó a orillas del Fucha el día del bautismo de los niños? Había luchado en vano contra el destino adverso de esas criaturas y los había visto casi perecer de hambre a dos pasos de las casas de sus ricos progenitores. Así, pues, exhalando un suspiro doloroso, dijo:

—¡Oh, padre! Yo tengo muchos recuerdos y mucha experiencia, y no puedo menos de temblar por ellos. Bien está, recójalos usted en su convento; pero que no sean sacerdotes sin vocación, porque esto sería peor que abandonarlos a su suerte.

Después de haber conferenciado largo rato con el padre, llamó a sus hijos adoptivos, les dio algunos consejos saludables, y añadió:

—Yo no soy sino Braulio, el cojo. No tengo apellido y esto depende de que tal vez era muy noble el que llevaba mi padre; pero he sido, como tantos otros, víctima de la hipocresía y la vanidad. No pensemos, pues, en esto, hijos míos. Ustedes son los hijos de Braulio, y este nombre oscuro y desconocido nada dice al mundo, pero a mis hijos les dice: Sed hombres honrados, haced bien al prójimo y huid de toda acción que necesite ser disimulada y encubierta a los ojos de las gentes virtuosas. En el cielo a donde voy a

esperaros hay un Ser Poderoso que todo lo sabe y que nos juzgará infaliblemente según nuestras acciones...

Braulio cesó en aquel instante de hablar y de vivir, y el buen sacerdote, acompañado de los inconsolables niños, le hizo los últimos honores. ¿Dónde descansan sus cenizas? Nadie lo sabe. ¿Cuál ha sido la suerte de sus protegidos? ¿Qué se ha hecho el buen religioso? Todos tres existen y acaso alguno de ellos leerá estas líneas y adivinará su historia. El padre llena siempre con humildad sus santos deberes.

MIS RECUERDOS DE TIBACUY

I. LA FIESTA DE CORPUS

A mediados del año de 36 me hallaba yo en las inmediaciones de la parroquia de Tibacuy en el cantón de Fusagasugá, y recibí una atenta y expresiva invitación del cura, el alcalde y los principales vecinos, para que concurriese a la fiesta de Corpus que se celebraba el domingo inmediato. Jamás he gustado de fiestas ni de reuniones bulliciosas, por lo cual pensé excusarme; mas al recordar la pequeñez de aquella parroquia y la pobreza del vecindario, comprendí que no sería aquella fiesta de la clase de las que siempre he evitado, porque produce disipación en el espíritu y dejan vacío en el corazón. Fui, pues, a Tibacuy y llegué a las siete de la mañana.

Compónese aquella población de una o dos docenas de casas pajizas sumamente estrechas y pobres, esparcidas aquí y acullá por la pendiente que forma la falda prolongada de

una alta y espesa montaña. Hay en el lugar más llano una pequeña iglesia de teja, pobre y aseada, a cuya izquierda se ve la casa del cura, también de paja como las demás del pueblo, pero menos pequeña que las otras habitaciones. Entre estas hay algunas que no pudieron cubrirse con paja a causa de la pobreza de sus dueños, y solo les sirven de techado algunas anchas y verdes hojas de fique. La plaza no es sino la continuación de una colina cubierta de verde yerba, cuyo cuadro lo forman cuatro ermitas de tierra, y en sus costados solamente se ven la cárcel y cinco o seis chozas miserables. A la derecha de la iglesia, y paralela a un costado de la plaza, hay una hondonada verde y llena de árboles silvestres, por la cual corre en invierno un hermoso torrente, pero que en verano está seca y cubierta de mullida grama. Esta hondonada se prolonga como trescientas varas hasta el pie de la plaza, y los naturales la llaman “la calle de la amargura”, por ser aquel el camino por donde suelen llevar las procesiones de Semana Santa. Estas pocas chozas sombreadas por verdes platanares, elevados aguacates y aromáticos chirimoyos, y rodeadas por algunas gallinas, patos, perros, cerdos y otros animales domésticos, presentan un aspecto pintoresco e interesante para quien no busca allí el lujo y las comodidades de la vida. El vecindario se compone de razas perfectamente marcadas:

algunos blancos en quienes se descubre desde luego el origen europeo, y el resto, indios puros, descendientes de los antiguos poseedores de la América. Todos son labradores; todos pobres, y, casi puedo decir, todos honrados y sencillos, hospitalarios y amables. Allí no ha penetrado todavía la civilización del siglo XIX.

Cuando yo llegué me rodeó la mayor parte del vecindario. Unos querían que fuese a alojarme a su casita, otros que admitiese su almuerzo, otros que les permitiese cuidar de mi caballo. Procuré manifestar mi agradecimiento a todos, y fui a desmontarme en la casa del cura, digno pastor de aquella inocente grey. Luego que conversamos un rato salí a tomar chocolate en casa del alcalde y a dar un paseo por la plaza. Jamás olvidaré ni la obsequiosa bondad con que se me dio un decente y abundante desayuno, ni la grata impresión que recibí al dar aquel paseo matutino. Con palmas y árboles floridos cortados en la montaña vecina, se había formado una doble calle de verdura por los cuatro lados de la plaza. Esta calle estaba cortada en varios puntos por vistosos arcos cubiertos de flores y de todas las frutas que brinda la tierra caliente en aquella estación: era el mes de junio. Aquí se veía un hermoso racimo de mararayas; allí dos o tres de amarillos y sazonados plátanos; más allá un grupo de aromáticas chirimoyas; después una multitud de

lustrosos aguacates, de una magnitud poco común; acá un extraño tejido de guamas de diversas especies y figuras. En otra parte yucas extraordinarias y gran variedad de raíces, legumbres y hortalizas. Otros arcos ostentaban los productos de la caza; conejos, comadrejas, zorros, ulamaes, armadillos y otros animales silvestres. Más allá se veían pendientes, doradas roscas de pan de maíz, sartas de huevos de diversos colores cogidos por aquellos montes, y muchos pajarillos vivos y muertos cuya vistosa variedad atraía y encantaba la vista. Sería difícil decir detalladamente la multitud de objetos naturales que se habían reunido para adornar aquellos arcos de triunfo erigidos en obsequio del Santísimo Sacramento. Una inmensa profusión de animales, frutas y flores formaba la ofrenda campestre que ofrecía aquel puñado de cristianos sencillos al Dios cuya misericordia se celebra en esta solemne, misteriosa y sagrada fiesta. ¡Cuánto más bellos y dignos del Criador son estos rústicos y hermosos adornos que aquellas inmensas fuentes de plata, aquella multitud de espejos, cintas, fluecos y retazos de seda y gaza que se ostentan en esta fiesta en la capital de la República! Yo gozaba con delicia de este espectáculo, y las risas, cantos y alegría de este pueblo inocente alejaban de mí las tristes impresiones que casi siempre dejan en mi alma las reuniones en numerosas concurrencias. Mezcleme con los hijos

de Tibacuy, y tuve el placer de ayudarles a componer sus ermitas, altares y arcos, procurando que los menos pobres no dañasen con adornos heterogéneos el gusto sencillo y campestre que allí reinaba.

Las campanas repicaban sin cesar, y todo el mundo se manifestaba alegre, activo y oficioso. De repente oí el ruido de un tamboril y un pito. Entonces vino a bailar delante de mí la danza del pueblo. Componíase esta de doce jóvenes indígenas de 15 a 18 años, sin más vestido que unas enaguas cortas y unos gorros hechos de pintadas y vistosas plumas. Llevaban también plumas en las muñecas y las gargantas de los pies, y un carcax lleno de flechas sobre la espalda. El resto de sus cuerpos desnudos estaba caprichosamente pintado de varios colores. Presidía a estos muchachos un anciano de más de setenta años, vestido como lo están siempre aquellos infelices indios; es decir, sin camisa, con unos calzoncillos cortos de lienzo del país, muy ordinario, y una ruanita de lana que les cubre un poco más abajo de la cintura. Este viejo estaba sin sombrero, y llevaba colgando del cuello el tamboril, al cual daba golpes acompasados con la mano izquierda, mientras con la derecha sostenía y tocaba el pito. Con esta extraña música bailaban los jóvenes una danza graciosa llena de figuras y variaciones, arrojando y recogiendo sus flechas con asombrosa agilidad. Yo

los miré un rato con ternura y complacencia, les di algunas monedas, y me retiré.

Salió bien pronto la procesión. El pueblo se prosternó respetuosamente y ya no se oía sino el canto sagrado, el alegre tañido de las campanas y el tamboril y el pito de la danza que iba bailando delante del Santo Sacramento. Entonces empezó a arder un *castillo* de pólvora, preparado para la primera estación. Los indios de la danza fingieron terror, estrecharon sus arcos contra el pecho y se dejaron caer con los rostros contra la tierra. Al cesar el ruido de la pólvora volvieron a levantarse y continuaron ágiles y alegres su incansable danza. Pero cuantas veces se quemaron castillos o ruedas, ellos repitieron aquella expresiva pantomima. Confieso que no pude ya resistir la impresión que me causó aquella escena. Mis lágrimas corrieron al ver la inocente y cándida alegría con que los descendientes de los antiguos dueños del suelo americano renuevan en una pantomima tradicional la imagen de su destrucción, el recuerdo ominoso y amargo del tiempo en que sus abuelos fueron casi exterminados y vilmente esclavizados por aquellos hombres terribles que, en su concepto, manejaban el rayo. En el trascurso de más de tres siglos estos hijos degenerados de una raza valiente y numerosa, ignorantes de su origen, de sus derechos y de su propia miseria, celebran una fiesta

cristiana contrahaciendo momentáneamente los usos de sus mayores, y se ríen representando el terror de sus padres en aquellos días aciagos en que sus opresores los aniquilaban para formar colonias europeas sobre los despojos de una grande y poderosa nación.

II. EL AMOR CONYUGAL

Miguel Guzmán se llamaba el respetable indio que conducía la danza de Tibacuy el día de la fiesta del Sacramento que acabo de pintar. Era este anciano de mediana estatura; tenía el color y las facciones de un indio sin mezcla de sangre europea. Sus pequeños y negros ojos estaban siempre animados de una expresión de benevolencia. Su amable sonrisa hacía un notable contraste con las hondas y prolongadas arrugas que surcaban su frente y sus mejillas. Sus cabellos y escasa barba eran blancos como la nieve, y la edad había destruido la mayor parte de sus dientes, a pesar de que casi todos los indios conservan blanca y sana la dentadura aunque vivan un siglo.

Después del día de la fiesta, Guzmán y Mariana su esposa venían frecuentemente a mi casa. Yo les daba algunos socorros, les compraba sus chirimoyas, y con más frecuencia admitía

el obsequio que de ellas me hacían. Jamás tuve ocupación bastante grave que me impidiese recibir a aquellos honrados ancianos. Me contaban sus miserias y sus prosperidades, me referían las tradiciones de la aldea, los acontecimientos notables que habían presenciado en su larga vida; solicitaban mi aprobación o mis consejos sobre los pequeños negocios de sus parientes y amigos, y jamás salían de casa sin haber comido y sin llevar pan para dos nietos que los acompañaban. Ya hacía más de catorce meses que yo veía semanalmente aquella virtuosa pareja, y jamás la oí quejarse de su suerte, pedirme cosa alguna, ni murmurar de su prójimo.

Una mañana vino Mariana a decirme que Miguel estaba enfermo, y que ella pensaba sería de debilidad, porque hacía muchos días que no comía carne. Hice que le dieran unas dos gallinas y algunos otros víveres, y le encargué que si la enfermedad de su esposo se prolongaba viniese a avisarme. El día 16 de octubre de 37 llegó un indio llamado Chavistá y me dijo: “Esta madrugada murió Miguel Guzmán, y su viuda me encargó que viniera a decírselo a sumerced”. No pude rehusar algunas lágrimas a la memoria del anciano: envié un socorro a la viuda y le mandé a decir que cuando pudiera viniese a verme.

A los cinco días estuvo en casa Mariana. Esta mujer distaba mucho de tener la fisonomía franca, risueña y expresiva

de Guzmán. Su cara era larga, sus ojos empañados y hundidos, su tez negra y acartonada. Era también muy vieja, pero su cabello no estaba enteramente cano. En fin, ella no inspiraba simpatías en su favor, a pesar de sus modales bondadosos y del cariño que su esposo le tenía. Yo la hice sentar y la dije:

—Ya supongo, Mariana, que usted habrá estado muy triste.

—Sí, sumerced —me contestó—, pero mi Dios es el que lo ha dispuesto así.

—Esa es la vida —dije—, debemos conformarnos.

—¡Sí! Yo estoy conforme y vengo a darle a sumerced las gracias por todo el bien que nos ha hecho.

Al decir esto su voz era firme, su aspecto perfectamente impasible, y ninguna marca de dolor se pintaba en aquella cara negra y arrugada que me recordaba la idea que en mi infancia me daban de las brujas. Sin embargo, recordé que era la viuda de Guzmán, que tenía reputación de ser una buena mujer y le dije:

—Mire usted, Mariana, aquí tengo un cuarto donde usted puede vivir; véngase a casa y no tendrá que pensar más en el pan de cada día: si se enferma, aquí la cuidaremos, y si tiene frío, yo le daré con qué abrigarse. Guardó ella un instante de silencio y después me dijo:

—No, sumerced, jamás.

—¿Y por qué no?

Entonces exclamó:

—¡Qué! ¿Yo comería buenos alimentos de que no podría guardarle a él un bocadito? ¿Yo dormiría en cuarto y cama abrigados cuando él está debajo de la tierra? ¡Que Dios me libre de eso! Mire, sumerced, más de 45 años hemos vivido los dos en ese pobre rancho. Cuando él iba a la ciudad a vender el hilo que yo hilaba y las chirimoyas, yo lo esperaba junto al fogón y ya tenía algo que darle. Llegaba, me abrazaba siempre, me entregaba el real o la sal que traía, y juntos nos tomábamos el *calentillo* (aguamiel), la arepa o la yuca asada que yo le tenía. Si era yo la que iba a lavar al río, él me esperaba junto al fogón, y si no tenía que darme, siquiera atizaba la lumbre y me decía: esta noche no hay que cenar, pero tengo bastante leña y nos calentaremos juntos. No; ¡jamás dejaré ese ranchito! ¡Ya nadie se sienta en él junto al fogón! ¡Ya no estará allí ese ángel! Pero su alma no estará lejos, se afligiría si yo abandonara nuestra casita.

Al decir esto Mariana cruzó sus manos sobre el pecho con un dolor convulsivo. Dos torrentes de lágrimas corrieron sobre sus acartonadas mejillas, y por más de media hora escuché su silencioso llanto y sus sollozos ahogados. ¡Cuán mal había yo juzgado a Mariana por su fisonomía! ¡Ah! ¡Jamás había yo visto un dolor más elocuente y sublime,

jamás había comprendido tanto amor en un discurso tan corto y sencillo! ¡Pobre anciana! Yo lloré con ella y no traté de consolarla. Cuando su llanto se calmó la dije:

—Mariana, mi ofrecimiento subsiste, aunque conozco que usted tiene razón en no aceptarlo por ahora. Pero algún día, cuando usted pueda, recuerde que esta es su casa y venga aquí a vivir más tranquila.

—No, sumerced —me dijo—, eso no será jamás, porque yo sé que él no se amañaría sin mí en el cielo.

Diciendo esto dio un profundo suspiro, y al propio tiempo se sonrió con cierto aire de calma e indiferencia. Apenas le di un corto socorro, temiendo que uno más abundante le hiciese sentir con más amargura su viudedad. Al despedirme besó dos veces mi mano e hizo tiernas caricias a mi pequeña familia. La insté que volviese, y no me respondió.

¡Seis días después Mariana descansaba en el cementerio de la aldea al lado del venerable Miguel!

NOTA SOBRE ESTA EDICIÓN

La primera edición de *Cuadros de la vida privada de algunos granadinos, copiados al natural para instrucción i divertimento de los curiosos* —de la que se extrajo este Libro al Viento— fue publicada por la Imprenta El Mosaico en 1861 y se puede consultar en la Sala de Libros Raros y Manuscritos de la Biblioteca Luis Ángel Arango; en esta edición se hicieron las actualizaciones ortográficas pertinentes para acercarla al lector. Y para quien desee saber más de la obra y la vida de su autora, se puede consultar *Josefa Acevedo de Gómez* (Universidad Industrial de Santander, 2009) de Ana Cecilia Ojeda Avellaneda, Rocío Serrano Gómez y Aída Martínez Carreño.



JOSEFA ACEVEDO DE GÓMEZ

Nació en Santafé el 23 de enero de 1803 y fue la tercera hija de José Acevedo y Gómez y Catalina Sánchez de Tejada. En 1815 escribe sus primeros versos y al año siguiente su padre, ante la amenaza del ejército español, huye hacia el Brasil y muere en la selva. En 1822 se casa con Diego Fernando Gómez, primo de su padre, y nace su primera hija, Amalia, al año siguiente. En 1833 nace su hija Rosa y en 1835 se separa de su esposo y se instala en la hacienda El Retiro. En 1840, al recibir la custodia de su hija, se instala en Bogotá y cuatro años después publica *Ensayo sobre los deberes de los casados*. En 1848 aparece *Tratado sobre economía doméstica*. Por iniciativa de su hermano José Acevedo Tejada, en 1849 comienza a escribir los *Cuadros de la vida privada de algunos granadinos*. En 1854 se publican *Poesías de una granadina*. Muere en 1861 en la hacienda El Retiro.



Libro al Viento

COLECCIÓN CAPITAL

Es de color morado y en ella se publican los textos cuyos temas tengan relación con Bogotá y sus alrededores.

- | | | | |
|-----------|---|-----------|---|
| 2 | EL 9 DE ABRIL
(fragmento de <i>Vivir para contarla</i>)
<i>Gabriel García Márquez</i> | 26 | RADIOGRAFÍA DEL DIVINO NIÑO Y OTRAS CRÓNICAS SOBRE BOGOTÁ
<i>Antología de Roberto Rubiano Vargas</i> |
| 5 | BAILES, FIESTAS Y ESPECTÁCULOS
(Selección de <i>Reminiscencias de Santafé de Bogotá</i>)
<i>José María Cordovez Moure</i> | 45 | DE PASO POR BOGOTÁ
Antología de textos de viajeros ilustres en Colombia durante el siglo XIX |
| 10 | CUENTOS DE NAVIDAD
<i>Antonio García</i> | 59 | POR LA SABANA DE BOGOTÁ Y OTRAS HISTORIAS
<i>José Manuel Groot, Daniel Samper Ortega, Eduardo Castillo, Gabriel Vélez</i> |
| 12 | CUENTOS DE BOGOTÁ
<i>Antología de ganadores del concurso Cuento en Movimiento</i> | 77 | ESCRIBIR EN BOGOTÁ
<i>Juan Gustavo Cobo Borda</i> |
| 16 | EL BESO FRÍO Y OTROS CUENTOS BOGOTANOS
<i>Nicolás Suescún, Luis Fayad, Mauricio Reyes, Roberto Rubiano Vargas, Julio Paredes, Evelio José Rosero, Santiago Gamboa, Ricardo Silva Romero</i> | 82 | LOS OFICIOS DEL PARQUE
Crónicas
<i>Mario Aguirre, Orlando Fénix, Gustavo Gómez Martínez,</i> |

- Lillyam González, Raúl Mazo, Larry Mejía, Catalina Oquendo, María Camila Peña, Nadia Ríos, Verónica Ochoa, Umberto Pérez, John Jairo Zuluaga*
- 88** RECETARIO SANTA FERREÑO
Selección y prólogo de Antonio García Ángel
- 92** RECUERDOS DE SANTAFÉ
Soledad Acosta de Samper
- 93** SEMBLANZAS POCO EJEMPLARES
José María Cordovez Moure
- 97** BOGOTÁ CONTADA
Carlos Yushimito, Gabriela Alemán, Rodrigo Blanco Calderón, Rodrigo Rey Rosa, Pilar Quintana, Bernardo Fernández BEF, Adriana Lunardi, Sebastián Jovani, Jorge Enrique Lage, Miguel Ángel Manrique, Martín Kohan, Frank Báez, Alejandra Costamagna, Inés Bortagaray, Ricardo Silva Romero
- 101** CRÓNICAS DE BOGOTÁ
Pedro María Ibáñez
- 109** BOGOTÁ CONTADA 2.0
Alberto Barrera Tyszka, Diego Zúñiga, Élmer Mendoza, Gabriela Wiener, Juan Bonilla, Luis Fayad, Pablo Casacuberta, Rodrigo Hasbún, Wendy Guerra
- 114** LA GRUTA SIMBÓLICA
Jorge Pombo, Clímaco Soto Borda, Rafael Espinosa Guzmán, Julio de Francisco, Julio Flórez, Ignacio Posse Amaya, Jorge Pombo Ayerbe, Diego Uribe, Enrique Álvarez Henao, Juan Carlos Ramírez, Federico Rivas Frade, Federico Martínez Rivas, Francisco Restrepo Gómez, Julio de Francisco, Francisco Valencia Camargo, Roberto Mac Douall
- 117** SIETE RETRATOS
Ximénez
- 118** BOGOTÁ CONTADA 3
Fabio Morábito, Daniel Cassany, Fernanda Trias, Iván Thays, Daniel Valencia Caravantes, Luis Noriega, Federico Falco, Mayra Santos-Febres
- 126** BOGOTÁ CONTADA 4
Eduardo Halfon, Horacio Castellanos, Hebe Uhart, Marina Perezagua, Edmundo Paz Soldán, Lina Meruane, Ricardo Cano Gaviria
- 131** VERSIONES DEL BOGOTAZO
Arturo Alape, Felipe González Toledo, Herbert Braun, Carlos Cabrera Lozano, Hernando Téllez, Lucas Caballero "Klim", Miguel Torres, Guillermo González Uribe, Víctor Diusabá

- Rojas, María Cristina Alvarado,
Anibal Pérez, María
Luisa Valencia*
- 133** BOGOTÁ CONTADA 5
*Pedro Mairal, Francisco
Hinojosa, Margarita García
Robayo, Dani Umpi, Ricardo
Sumalavia, Yolanda Arroyo*
- 142** BOGOTÁ CONTADA 6
*Nicolás Buenaventura,
Mercedes Estramil, Brenda
Lozano, Roger Mello, Rodrigo
Fuentes, Jaime Manrique Ardila,
Juan Carlos Méndez Guédez*
- 148** DE SOBREMESA
José Asunción Silva
- 151** LA CALLE 10
Manuel Zapata Olivella
- 154** BOGOTÁ CONTADA 7
*Orlando Echeverri, Margo
Glantz, Betina González,
Carlos Granés, Cristina
Morales, Julianne Pachico,
Antonio Ungar*
- 156** BOGOTÁ CONTADA 8
*María Leubro, Andrea Mejía,
Juliana Muñoz, Andrea Salgado,
Carolina Sanín, Lina Tono,
Adriana Villegas*
- 159** BOGOTÁ CONTADA 9
*Jairo Buitrago, Adriana Carreño,
Francisco Montaña, Catalina
Navas, Eduardo Otálora, Celso
Román*
- 170** BOGOTÁ CONTADA 10
*Juan Álvarez, Rodolfo Celis,
Mauricio Montenegro, Laura
Ortiz Gómez, Lucía Vargas
Caparroz*

Este ejemplar de *Libro al Viento* es un bien público. Después de leerlo, permite que circule entre los demás lectores.

Escanea este código e ingresa a la biblioteca digital, donde tendrás a disposición más de 100 de nuestros títulos.



SUMERCÉ



*Cuadros de la vida privada de algunos granadinos,
copiados al natural para instrucción y divertimento de los
curiosos* fue editado por el Instituto Distrital de las
Artes - Idartes para su Biblioteca Libro al Viento, bajo
el número 173, y se imprimió en el mes de octubre del año
2023 en Bogotá.



173

“Hay en las grandes ciudades una clase infeliz que no conoce familia, que no tiene nombre, no posee hogar ni fortuna y que vive como los perros sin dueño, y muere sin dejar quien llore sobre su humilde sepultura”

(en “El pobre Braulio”)



COLECCIÓN CAPITAL

**libro al
viento**



INSTITUTO
DISTRITAL DE LAS ARTES
IDARTES

